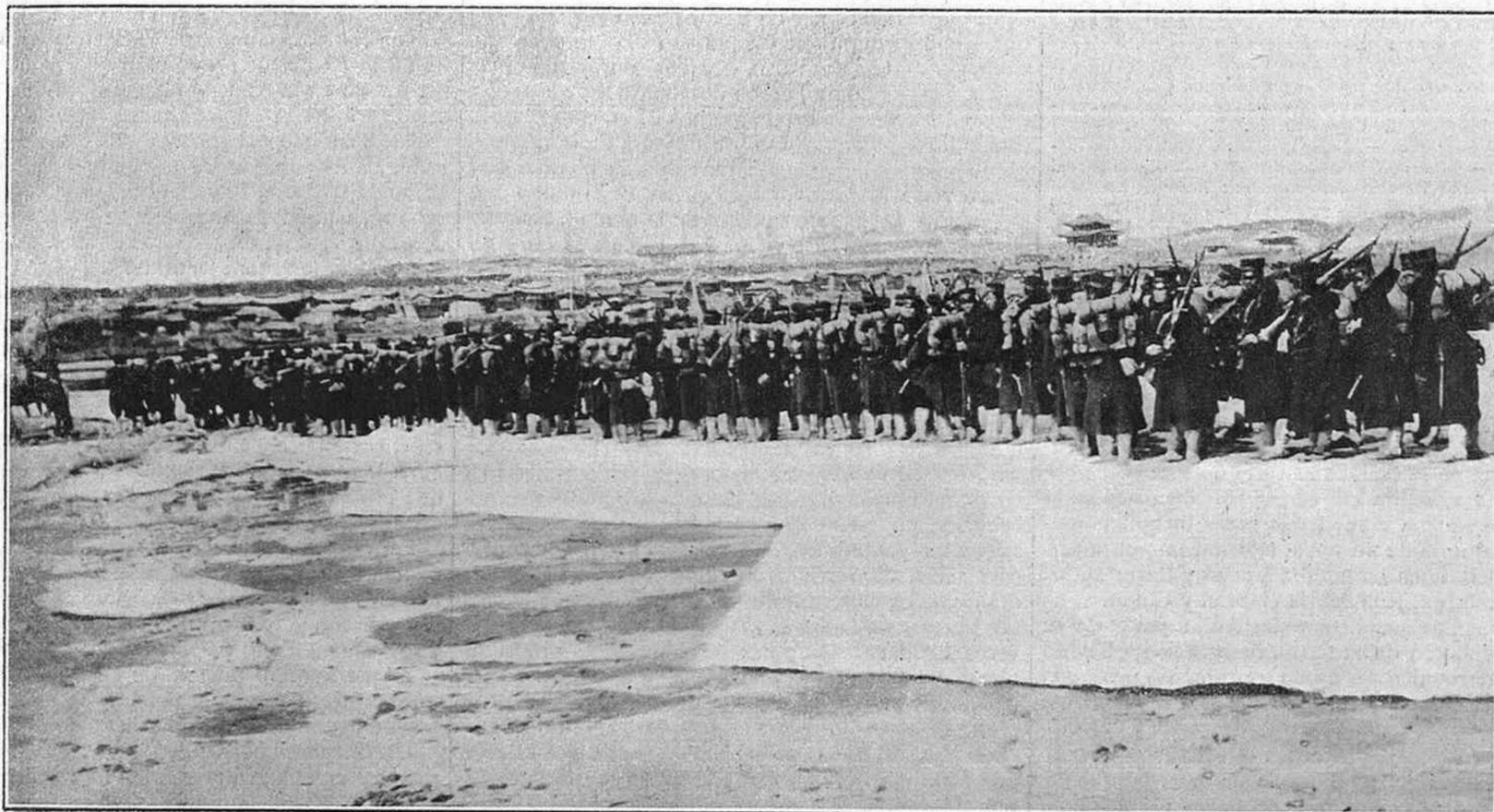


# La Ilustración Artística

AÑO XXIV

BARCELONA 10 DE ABRIL DE 1905

NÚM. 1.215



GUERRA RUSO-JAPONESA. - LAS TROPAS DEL GENERAL OKÚ ATRAVESANDO EL RÍO KHUN-HO POCO ANTES DE LA GRAN BATALLA DE MUKDEN.

(De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - LOS TERRITORIALES DEL GENERAL KAWAMURA EN CAMINO PARA UNIRSE CON EL GRUESO DEL EJÉRCITO ANTES DE LA GRAN BATALLA DE MUKDEN. (De fotografía.)

## ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo correspondiente á la serie del presente año, que será «La sociedad japonesa», obra escrita en francés por Andrés Bellessort, coronada por la Academia Francesa, en la que se describen los usos, costumbres, religión, instituciones, etc., del Japón. La edición que ofrecemos á nuestros suscriptores va profusamente ilustrada con grabados, reproducidos de fotografías y dibujos originales.

## SUMARIO

**Texto.**— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Padre é hijo*, por Alfonso Pérez Nieva. — *Las minas de rubíes de Mogok*, por Otón Riemasch. — *Altar esculpido por Reynolds-Stephens*. — *Almas cansadas*, escultura de Horacio Pini. — *Crónica de la guerra ruso-japonesa*. — *Srta. D.<sup>a</sup> Esther Festini*. — *Miscelánea*. — *Problema de ajedrez*. — *Un divorcio*, novela ilustrada (continuación). — *La galería Pitti y la de los Oficios*, por R. Balsa de la Vega. — *Libros recibidos*.  
**Grabados.**— *Guerra ruso-japonesa. Las tropas del general Oká atravesando el río Khun-Ho poco antes de la gran batalla de Mukden*. — *Los territoriales del general Kawamura*. — *Los carros de la Cruz Roja rusos volcados en una zanja*. — *El soldado ruso Serafín Perloff presentando el niño de siete meses de su teniente*. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Padre é hijo*. — Seis reproducciones de trabajos y artefactos de las minas de rubíes de Mogok. — *Altar esculpido por Reynolds-Stephens*. — *Almas cansadas*, escultura de Horacio Pini. — *Homenaje*, boceto para el telón de boca del teatro de Bonn (Alemania), pintado por Enrique Brune. — *La Srta. D.<sup>a</sup> Esther Festini*. — *Barcelona. Jura de la bandera por los reclutas del último rusos reemplazo*. — *Mercurio*, bronce antiguo. — *Museo de Florencia*. — *Retrato de una doncella sobre papiro* (de autor griego). — *Una historia alegre*, fotografía de J. Folkmann.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

De la abundancia del corazón habla la boca, y yo no tengo más remedio que hablar de mi viaje á Salamanca, para donde he ido el día 25, permaneciendo allí hasta el 29 del pasado mes de marzo. El objeto de esta aventura era cerrar con un discurso la velada que aquella ciudad tres veces insigne consagró á la memoria de un poeta tempranamente muerto, cuando la fama empezaba á traer y llevar su armonioso nombre: José María Gabriel y Galán.

A pesar de su sencillez y claridad, á pesar de su sentido, popular y de su tierra, de este poeta hay no poco que decir, pues es en su sentimiento profundo y vario, y además sincero, con sinceridad realmente atractiva, en que halla apacible descanso y emociones renovadoras el espíritu. En el discurso que consagré á su memoria no agoté la materia, porque supuse que la dejarían apurada hasta sus últimos límites los oradores que me precediesen, subsanando así mis omisiones; pero la cortesía les hizo ser muy breves; mi amigo el rector de aquella Universidad don Miguel de Unamuno apenas desfloró asunto que tan bien conocía; y en atención á ello, es posible que yo vuelva á hablar de Gabriel y Galán en alguna otra ocasión, porque realmente lo merece un poeta tan sincero y real, que se nos apareció al punto en que las aves cantoras parecen haber enmudecido, en que las frondas están silenciosas, en que una generación entera de grandes líricos baja á la tumba, abriendo la marcha Zorrilla, siguiéndole Campoamor, Verdaguera y acaso Balart, cuando trazo estas líneas gravemente enfermo y cargado con el peso de setenta y cuatro años cabales.

Fuí yo, pues, procedente de tierra tan distinta de la que dió cuna á Gabriel y Galán (el cual representa, por muchos conceptos, íntimamente, al país castellano y al de Extremadura), quien recibí el honroso encargo de resumir la expresión de un duelo que enluta á dos regiones. Había tenido varias veces dispuesto el viaje á Salamanca, y dijérase que la casualidad malignamente me lo desbarataba en lo mejor. Las dificultades de los itinerarios españoles, que imponen retrasos; los apremios de tiempo, que en mí constituyen enfermedad crónica, á la cual forzosa-mente me he resignado, porque me he convencido de que no tiene cura; el atropello de otros proyectos y otras excursiones se habían atravesado, hasta la fecha, entre mi anhelo y la ciudad mágica. No me pesa; el aplazamiento sirvió para que viese á Salamanca en condiciones infinitamente más gratas y significativas que si sencillamente tomase mi billete, llegase allí sin ruido, y me perdiese, turista curiosa, por las monumentales calles de la que ahora he comprendido por qué se llama enfáticamente *Roma la chica*.

He dicho calles monumentales, y no cometo inexactitud: Salamanca es una ciudad formada por monumentos. Tiene poco caserío propiamente dicho (alguien preguntó, si no recuerdo mal, dónde estaba el pueblo de aquellos palacios); tiene escasa edificación sin carácter, de esa que inspira tedio, y predo-

mina, por desgracia, en esta nuestra muy prosaica y muy antiestética edad, que todo lo uniforma. En cambio abundan los caserones nobles, decorados al estilo del Renacimiento español, con medallones, ó del gusto plateresco más exquisito, que también es género españolísimo, y deslumbró y encanta con la finura y riqueza de sus detalles elegantes, primorosos. Con estas casonas monumentales, bordadas, repujadas, caladas, cinceladas, anaranjadas ya sus piedras por el artístico sol, alternan las parroquias, las catedrales, los conventos, los colegios, de proporciones vastas, de majestuosas cúpulas, de imponentes portadas, de patios solitarios con arquerías y balconadas soberbias, de cresterías que piden fanales, de escusones que entonan cantos de heroísmo. Y es la misma impresión aplastante de Florencia, sólo en Florencia y en Salamanca sentida: la impresión de ciudades donde la vida del hombre debiera ser más ampliamente fuerte y gallarda, más señorial que en parte alguna; donde la hermosura de las piedras, su dignidad, imprimen sello en los habitantes.

Pero ¡ay! Las piedras perduran, se van los que las labraron y erigieron, y en Salamanca, del pasado, lo único que se mantiene en pie son esas piedras, en su mayor parte impávidas, desafiando hoy la indiferencia y el abandono, como desafiaron ayer la lucha armada, las vicisitudes de asedios é invasiones. Esas espléndidas piedras, de cobre forjado, de oropimente, de viligrana, de encaje rancio; esas piedras que tienen voz á fuerza de tener belleza, es lo único que permanece del extinto poderío de la ciudad. No puede restaurarse aquella vida intensísima que en el siglo XVI animó á Salamanca, y el conservar lo mejor posible el tesoro es ya empresa que por sí sola pide esfuerzo heroico y exigiría mucho dinero, grandes capitales invertidos en defender esa edificación única, soñada, fastuosa, original.

Lo primero que amenaza ruina en Salamanca son los palacios de las familias aristocráticas, que desartaron de su solar y residen en la corte ó en el extranjero. No digo que materialmente se estén viniendo á tierra, aunque algunos de los más admirables se encuentren en este caso; pero los mismos á que se atiende, reparándolos, dan tristeza; están como cáscara vacía, convertidos en ruinas casas de alquiler, deshonrados por inquilinos menesterosos, algunos por gitanos y mendigos. ¿Dónde van los muebles severos, los bargueños y arcones, los tapices y pinturas que decorarían estas casas? ¿Dónde las alcatifas, los damascos, los arrogantes blasonados reposteros, las platos de mesa, las camas de copete, los braseros tachonados, de ébano y caoba? Todo esto, que es arte, arte impregnado de vida, todo esto fué dispersado por el remolino que reconcentró en Madrid á la nobleza, antes localizada y residente donde tenía arraigo; y lo que anticuarios y chamarileros no hayan liquidado entre su clientela, extranjera la mayor parte, lo que no haya parado en el Rastro, se encontrará á estas horas fuera de su marco natural, adornando en la corte algún saloncillo, algún tocador modernista, alguna antesala estrecha. Y el solemne brasero claveteado, y el bargueño cuyos hierros negrean sobre fondo de viejo terciopelo carmesí, y el repujado bandedón, y el tapiz de pálidas figuras, se hallan tristes, lejos del palacio de anaranjada piedra y rejas historiadas y retorcidas, en el cual pasaron sus primeros días aristocráticos, serenos.

Sería inútil buscar hoy en Salamanca á las ilustres familias que tienen allí solar; la excepción la constituyen aquellas que de tiempo en tiempo se asoman á mirar el caserón solariego ó la capilla de patronato. Impresión más triste todavía causa ver en Alba de Tormes el castillo de los duques de Alba—el que denomina título tan resonante,—no ya ruinoso, ni derruido, sino disperso, deshecho, arrebatado piedra por piedra, sin que resten, como testimonio de lo que el monumento pudo ser, más que el altivo torreón del Homenaje, dominando el pueblo tendido á sus pies, y á larga distancia otro torreoncillo, cuya única misión, al permanecer en pie, parece ser dar idea de la magnitud del soberbio monumento militar y nobiliario.

Dícese que la duquesa de Alba, atenta á conservar recuerdos, pasaba regular cantidad al año para cuidar y reparar el castillo, unido íntimamente á timbres tan altos de su casa; y que, fiada en esto y queriendo en ocasión solemne alojarse en su castillo, ordenó que se le preparasen en él habitaciones. Grande fué su sorpresa, grande debió de ser su desencanto, cuando obtuvo por respuesta que en el castillo sólo lechuzas y cárbos podían morar, y que ni aun tal edificio existía, porque sus piedras habían sido arrancadas y tal vez sirviesen de umbral de establo ó fogón de villanas cocinas, cuando no de materiales para la plaza de toros. Y es que para velar amorosamente por las reliquias del ayer, no basta el sacrificio pecu-

niario; es preciso ofrecer también tiempo, voluntad, ver con los propios ojos, disponer con la propia inteligencia.

No era ciertamente la duquesa de Alba de las hembras frívolas que darían un torreón histórico por un trapo parisense; y sin embargo, no pudo salvar ese magífico recuerdo, el castillo de Alba de Tormes, en el siglo XVIII todavía admirablemente conservado, lleno de estatuas, de cuadros, de medallones, de frescos.

En Salamanca, la solidez de los monumentos—en su mayoría son de época relativamente reciente, del siglo XVI—nos ahorra el doloroso espectáculo del castillo y palacio de Alba de Tormes. No se necesitan sino asomos de cuidado para conservar los resistentes y grandiosos edificios públicos, y un poco de inteligencia para no profanarlos. En cuanto á las casas de propiedad particular, su conservación es más difícil; desgraciadamente no existe ley que obligue á los dueños de tales joyas á no derribarlas, no estropearlas, no profanarlas, no dejarlas desmoronarse. Esta ley, en España al menos, sería conveniente. No es permitible que se pierdan tesoros artísticos. Cuando veo ciudades como esta de Salamanca, que encierran arte en mayor proporción que ninguna de Italia, pienso en la contribución que fácilmente impondríamos á los extranjeros, atrayéndoles aquí á bandadas, haciendo del costoso y molesto viaje por España, algo que compitiese con los de Suiza, Italia, Holanda, Bélgica, Francia, los bordes del Rhin. España es, aún hoy, maltratada, expoliada, en el abandono, un museo, un piélago de arte. Solamente en Salamanca, la arquitectura aturde, marea de admiración. La riqueza del estilo plateresco, algo románico muy notable, y las mejores obras decorativas de un artista español tan mal comprendido, tan atractivo como el gran Churriguera. De este mágico adornista, de este poeta fastuoso, existe en Salamanca una iglesita, una bombonera iba á decir, la de la Veracruz, si no me engaño—soy poco amiga de consultar guías cuando tengo reciente la impresión directa,—que por verla se puede hacer el camino. Es el tocador de la Reina del cielo.

Para conseguir que aquí afluyesen viajeros, ¡sería necesario cambiar tantas cosas! La primera, los itinerarios de los ferrocarriles, que son aquí endiablados y hacen perder un tiempo precioso. Los extranjeros vienen á tiro hecho; quieren ver rápidamente el mayor número posible de cosas, y no gustan de invertir un día sentados sobre sus baúles, en una estación, aguardando un enlace.

Un buen español á quien larga residencia en América ha familiarizado con el espíritu moderno, el conde de Casa Segovia, que fué también á Salamanca, portador de los premios ganados en los Juegos Florales de la Asociación patriótica de Buenos Aires por Gabriel y Galán, me hacía notar un detalle expresivo: al salir de Madrid, no se nos despachó billete sino hasta Medina, y no hasta Salamanca misma, porque el tren que en Medina debíamos tomar, unas veces enlaza y otras no. Retrasos, faltas de enlace, ante todo habría que evitar, para hacer de España, el país más interesante de Europa, un hormiguero de turistas, que van á Suiza sencillamente porque allí se viaja bien, se encuentra fácil traslado y cómodo hospedaje. Aquí los hoteles dejan que desear, generalmente; pero propenden á mejorar y reformarse, y sería excelente negocio para una compañía que se fundase con capital y ánimos, dotar á España de una red de hoteles en armonía con las exigencias de nuestra época, y ramificar esta institución hasta los pueblos modestos, donde, también modestamente, pero con limpieza y confortable, pudiesen alojarse los que habían de soltar aquí millones al año, como los sueltan en naciones menos dignas de ser visitadas, de menos caudal artístico.

En esto pensaba yo, mientras recorría las calles de Salamanca, deteniéndome ante maravillas, escuchando aclamaciones, recibiendo las más reiteradas muestras de afecto y de simpatía de un pueblo donde me creí, si no desconocida, al menos forastera y extraña, y donde ya acabé por soñar que era algo propio de allí, gracias á la acogida entusiasta y ambiciosa que sobrepujaba á mis esperanzas más ambiciosas...

Y para explicarme tanto honor como se me hacía, me dí á suponer que mi labor no interrumpida de ardiente patriota, de española franca en señalar deficiencias y errores según los entiende, y nunca perezosa en alentar á los que trabajan y velan, esperan y quieren, y no renuncian al porvenir, es lo que, de cinco ó seis años acá especialmente, me vale estas ovaciones y estos halagos, compensación de feroces ataques y rabiosas mordeduras..., que son probablemente la otra cara de mi destino literario: mucho odio, muchas simpatías..., nunca indiferencia.

EMILIA PARDO BAZÁN.



- ¡No te sueltes, que te van á atropellar!

PADRE É HIJO

—¡No hay más remedio! Es preciso cortar mis relaciones con Luisa. Yo tengo aspiraciones, ambición, me siento con fuerzas para subir á las mayores alturas y no pudo volver la espalda á la fortuna que me señala el camino en esa mujer, en esa aristócrata que de tal modo se ha apasionado de mí. Con ella el éxito, el triunfo, la posición conquistada, quizás mañana una cartera de ministro; junto á Luisa, el idilio en el rincón y en la obscuridad. A los veinte años, cuando sólo habla el corazón, bien, pero luego... Además, no vale oponerse á la realidad. Mi cariño ha pasado, no queda del fuego antiguo sino la ceniza. El apuro es cómo rompo con ella, cómo se lo digo. La conozco á fondo. Es una sensitiva. Su abnegación ha sido grande; hemos ido en nuestros amores hasta los últimos límites. ¡Esa es la vida, la dura vida, sembrada de víctimas en todos sus caminos! Yo no la abandonaré, pero... necesito estar libre... ¿Y cómo corto el lazo? ¡Ah! ¡Me he salvado! Flor de Lis, el cronista de salones, es amigo mío, y él dará la noticia en sus «Ecos del gran mundo.» De ese modo el golpe no es directo, resulta atenuado. ¡Pobre Luisa! ¡Bah! ¡No nos enternecemos, ó se hundan todos mis proyectos como un castillo de naipes!

—¡Ya sale el bautizo! ¡Ya sale el bautizo!  
 —¡Mamá, mamá, vamos á verlo!  
 —¿Pero dónde quieres meterte, hijo mío? Para que te atropelle la gente. ¡Pues apenas hay aglomeración á la puerta de la iglesia!  
 —¡Anda, mamá! ¡Mira que los caballos del coche son muy bonitos, y como yo soy chiquitín, desde aquí sólo se les ve la cabeza!  
 —¡Bueno, ven, dame la mano!  
 —¡Qué bien!  
 —¡No te sueltes, que te van á atropellar!  
 —¡Mamá, ese señor de las plumas será un general!  
 —¡Debe serlo!  
 —Es el padrino, señora.  
 —¡Se conoce que el bautizo es de campanillas!  
 —De lo más encopetado. Como que los padres pertenecen á la mejor sociedad de Madrid.

—¿Y quiénes son ellos?  
 —¡Mamá, mamá! ¡Otro general! ¡Cuánto personaje!  
 —¡Pues los marqueses de Lucerna!  
 —¡Cómo! ¿Este bautizo es de un hijo del marqués de Lucerna?  
 —Sí, señora, del segundo que tiene con la marquesa de ese título, porque ella era «la titulo,» ¿sabe usted?, y la rica. Él no era más que un realísimo mozo...  
 —¡Dios mío! ¡Qué horrible casualidad! ¡Ven, hijo mío, vámonos! ¡Hacen ustedes el favor de abrirme paso!  
 —¡Mamá, todavía no se ha concluido!  
 —(¡Se me va la vista! ¡Me voy á caer redonda!)  
 —¿Qué es eso, señora? ¿Se pone usted mala?  
 —¡A ver! ¡Un coche y á la casa de socorro, en seguida! ¡Apártense ustedes, señores! ¡No tengas cuidado, niño! ¡No será nada!

—¡Voy á conocer el secreto de mi nacimiento, á descubrir el enigma de mi vida! La esfinge va á hablar, pero ¡á qué costa! Mi pobre madre enterrada hace dos horas, muerta en la madurez de su existencia y muerta de sufrir y llorar, y yo solo para siempre á los veinte años, ante estos papeles que me queman los dedos y en los que presento una infamia. ¡Tentado estoy de reducirlos á pavesas sin leerlos! ¡Pero no saber quién le ha dado á uno el ser, cómo se llama ó debería llamarse! Además mi madre lo ordena, lo ha dejado dispuesto al escribir en la cubierta del legajo: «Para que mi hijo se entere cuando yo esté bajo tierra.» ¡Cumplamos la sagrada voluntad! ¡Cartas! ¿Quién las firma? Juan de Juárez. Dos años de correspondencia. Al principio fuego, pero poco á poco la nieve. ¡Dios mío! ¡Tener que profanar la santa memoria de mi madre con mis averiguaciones! Ella lo quiere y lo exige. ¡No! No quiero seguir; por su mismo piadoso recuerdo no la obedezco. ¡Un retrato de un joven! Sin dedicatoria. Sólo lleva al pie la fecha. El corazón me dice que es el de mi padre. ¿Y este recorte de periódico amarillo y hecho pedazos? ¡Ecos del gran mundo! ¿Qué tiene que ver con mi madre? No sé por qué presiento la clave del enigma en esa relación de fastuosidades. ¡Oh, sí! ¡No veo mal, no sueño! Es la noticia de una boda. «Ayer ha contraído matrimonio en la capilla reservada de San Ginés el joven periodista y abogado...» ¡Dios mío! ¡Don Juan de Juárez!.. «D. Juan de Juárez con la opulenta heredera de los marqueses de Lucerna.» ¿Eh? ¿Qué papel es ese? ¿Una carta devuelta sin abrirse, dirigida á D. Juan de Juárez? ¡Y es la letra de mi madre! ¿Le faltó el valor para romper el sobre? Me tiembla la mano, el corazón se me salta, no veo las letras... ¡Oh! ¡Aclarado, aclarado todo! ¡Qué grito de angustia tan horrendo! Mi padre es el marqués de Lucerna, el D. Juan de Juárez. ¡Pobre madre mía!

—Señor cura, vaya usted corriendo á la venta del Rubio. Un automóvil que se ha estrellado ahora mis-

mo. Un señorito de la edad de usted que se ha deshecho la cabeza y un señor que dicen que es su padre que está agonizando en la posada y que pide por Dios un confesor.  
 —Lucas, mi roquete, á escape. Blas, adelántate á coger el farol. ¿Y quién es ese señor?  
 —Un título de Madrid.  
 —Un señorito de la corte. ¡Qué tiempos! Todo eso es consecuencia de la ociosidad. Siquiera antaño los nobles guerreaban por la cruz y por el rey; pero hoy, como han colgado la espada, en algo han de emplear sus fastidios; en matarse sin ton ni son. ¡Lucas, qué torpe estás hoy!  
 —¡Pero, señor, si es usted un molino!  
 —¡Jesús, Jesús! ¡Con tal que no llegue tarde!  
 —Váyase en el calesín del Sr. Pedro.  
 —Y mientras enganchan y bebe el jaco, un siglo. No, no; gracias á Dios, aún conservo mis buenas piernas y en cuatro zancadas me planto en la venta. Y Blas sin despachar: otro plomo.  
 —Pero, señor, si acaba usted de mandarle por el farol mientras usted se revestía.  
 —No le disculpe. ¡Ea! Vamos al sagrario á buscar la salvación de ese desdichado que tan estérilmente tiene que dar cuenta á Dios de sus actos. Tú quédate en la sacristía por si ocurre algo. Aquí está Blas.  
 —Señor, ya estoy listo.  
 —Encendido el farol y todo, ¿eh? ¡Bien! Pues voy á coger los santos óleos y á escape, que la muerte no espera.  
 —Ha venido otro segundo recado apremiando.  
 —Pues vamos, vamos, no se pierda para siempre esa alma.  
 —¡Padre, padre, mi delito es enorme! Es un verdadero crimen, pero mi arrepentimiento en esta hora suprema es inmenso. ¿Qué? ¿Calla usted? Su palabra santa de amor y piedad, ¿me negará en el momento de partir para siempre la absolución que redime? ¡Ah, no, no! Sus lágrimas me lo revelan bien claramente.  
 —Pues bien, sí, señor marqués de Lucerna. No se equivoca. Mi llanto es más elocuente que cuanto pudiera decirle. El sacerdote, ante esa contrición, ante ese arrepentimiento aunque tardío, le bendice á usted en nombre del Dios de las misericordias, que primero es compasivo que justo.  
 —¡Gracias, gracias!  
 —Y ahora permítame que pose mis labios en su frente y que le dé el primero y el último beso de mi vida, al otorgarle el perdón que solicita al borde de la tumba, y ya no es el sacerdote el que habla, sino el hombre.  
 —¿Qué está usted diciendo? ¿Qué rayo de luz sobrenatural ilumina mi mente? ¿Quién es usted?  
 —Dios le ha traído á morir en mis brazos para que el perdón sea completo.  
 —¡Su nombre! ¡Su nombre de usted, padre!  
 —Miguel. Y mi madre se llamaba Luisa. ¿Comprende usted?  
 —¡Mi hijo! ¡El abandonado por mí! ¡Dios mío, qué inescrutables son tus designios!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

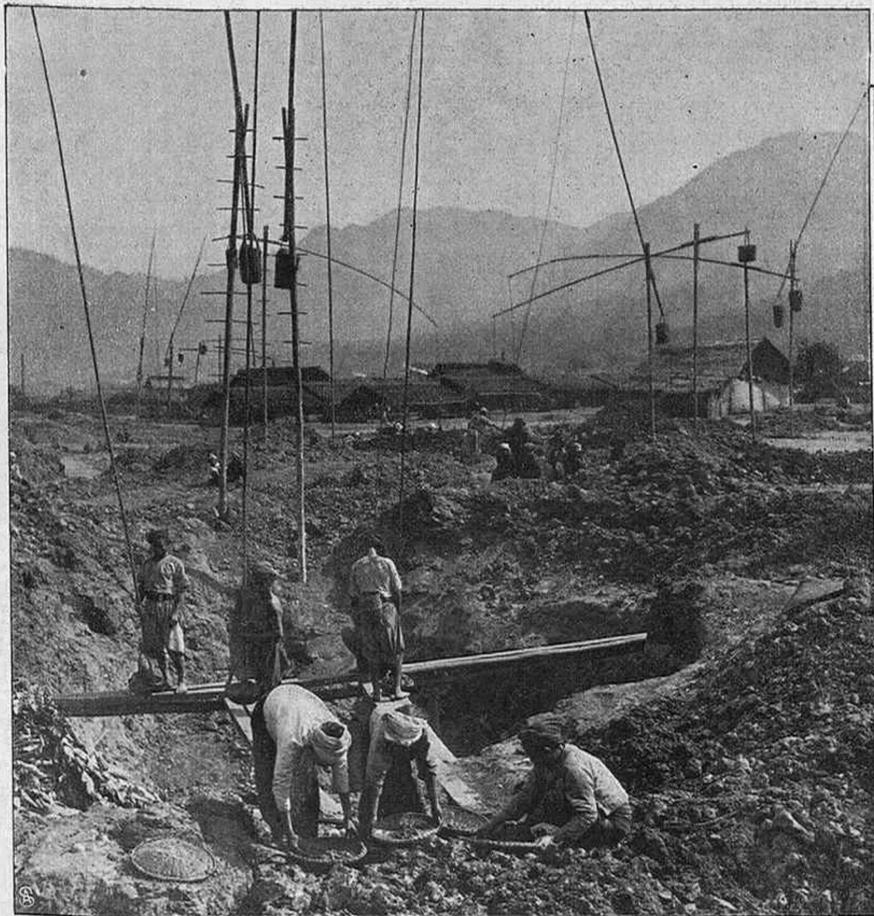
(Dibujo de Más y Fondevila.)

## Las minas de rubíes de Mogok, por Otón Riemasch

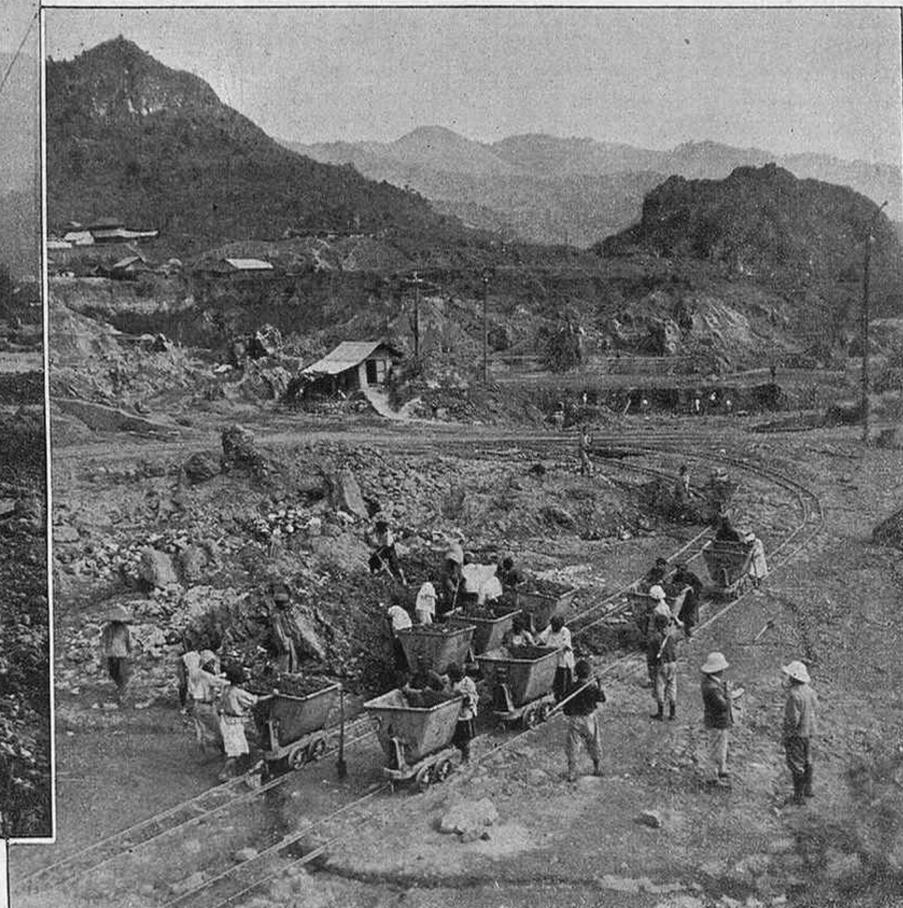
Pocos sabrán en qué parte del mundo está Mogok; sin embargo, alguna hermosa dama ó algún galante enamorado recordará quizás vagamente haber oído

al viajero un refrigerio que bien necesita después de respirar todo el día un aire abrasador. Al amanecer se sale de aquel pueblo y antes de mediodía se llega á Thabaiking, desde donde se prosigue el viaje á caballo ó en bu-

selvas que hay que atravesar no dejan de ser peligrosas, pues no es cosa rara encontrarse en ellas con tigres, elefantes y leopardos. Así es que el viajero se siente aliviado de un gran peso cuando divisa los muros de Mogok, que, en circunstancias normales, se presentan ante sus ojos á la puesta de sol del ter-



Explotación indígena de las minas de rubíes de Mogok



Explotación europea de las minas de rubíes de Mogok

pronunciar este nombre. Pero ¿dónde?, ¿cuándo? Pensando en esto, la dama fijará casualmente los ojos en unas piedras que brillan en su sortija, y asociando en su mente las palabras *rubí* y *Mogok*, se acordará de haberlas escuchado de boca de algún joyero.

Por lo demás, esto es lo único que acerca de Mogok puede decirse; pues si no tuviera sus minas de rubíes, que hacen de él uno de los puntos más importantes, si no el más, para esta especialidad del comercio de joyas, sería simplemente una de tantas poblaciones situadas en medio de una hermosa naturaleza, que los mismos geógrafos y viajeros sólo mencionarían para cumplir su deber de narradores fieles. Y no obstante, el tal rincón de mundo merece que se diga algo de él, porque ofrece muchas cosas interesantes respecto de esos objetos preciosos, pero superfluos, que con el nombre de joyas tan importante papel desempeñan en la vida moderna.

Mogok es una ciudad de 40.000 almas perteneciente al Estado de Birma (India Posterior). No tiene grandes bellezas naturales; pero su situación, como la de casi todas las poblaciones indias, es muy bonita y aun en algunos sitios en extremo pintoresca, pues está construída en una altura de 2.300 metros sobre el nivel del mar. Todo cuanto allí existe no tiene más que un significado, la explotación de los rubíes, que hace vivir, y no del todo mal, á la población indígena y á la europea; y al forastero se le hace comprender, no siempre en formas agradables, que su obligación es únicamente admirar esa industria, que allí se ejerce en gran escala. Los extranjeros tienen la seguridad de encontrar en aquella ciudad algún compatriota, pues en ella abundan los ingleses, yanquis, franceses y alemanes, que con los indígenas, los judíos y otros individuos de las razas blanca y de color forman un abigarrado conjunto.

El que se dirige á Mogok desde Mandaloi, la capital de Birma, tiene ocasión de admirar multitud de paisajes pintorescos: la sola travesía en vapor del río Irawadi, que corre entre colinas y atraviesa comarcas que ostentan todos los colores y esparcen todos los aromas de la vegetación tropical, y en las cuales se alzan multitud de pagodas y de blancas torrecillas, compensa todas las molestias del viaje. Kauk-Maung, una aldea insignificante, es la primera estación en que se pernocta. Bananas, manzanas, peras y otros frutos que á precios irrisorios ofrecen unas muchachas graciosas y pulcramente vestidas, proporcionan

ro. No hay que decir que el viajero es lindamente

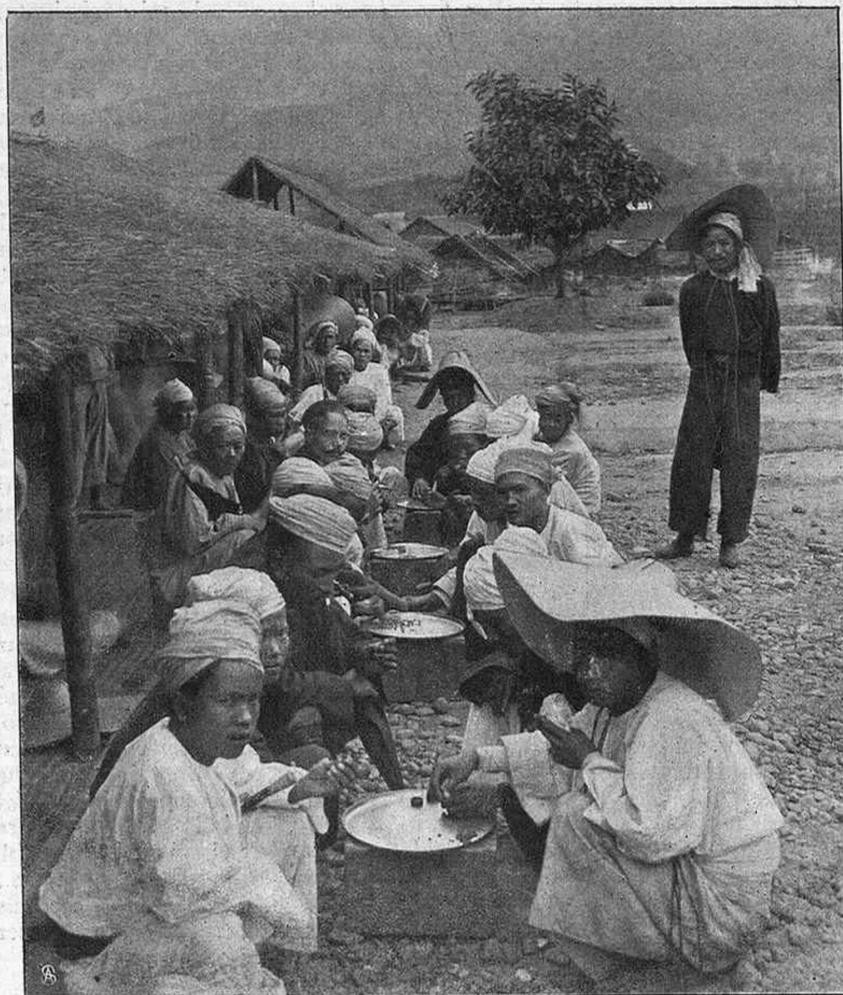
explotado y que paga un ojo de la cara por el alquiler de unas cabalgaduras tan malas que cualquiera al verlas se imagina tarea más fácil cargar con ellas que confiarse á sus lomos.

Los caminos distan mucho de ser cómodos, y las

cer día. Apenas se pisan sus alrededores, olvidanse muchas de las incomodidades del viaje, pues la ciudad, vista desde el punto por donde á ella se llega, tiene un aspecto sumamente agradable. Sus edificios se escalonan en forma de anfiteatro por las colinas,

las cuales aparecen cubiertas de todas las galas del Oriente que producen un efecto embriagador sobre todos los sentidos, y por doquier se alzan innumerables templos cuyas cúpulas brillan heridas por los rayos del sol poniente.

Mogok es una ciudad llena de actividad y de vida, una verdadera urbe mercantil é industrial; en todos sus rincones y en todas sus calles resuena en nuestros oídos la palabra que compendia la existencia de cuantos en ella viven; y en todas partes se ve aquella piedrecita encarnada, que parece á primera vista pedazo de cristal sin importancia, por lo que apenas se comprende que su producción sea objeto de tantas atenciones. Por supuesto que las piedras que se ponen al alcance de la mirada de cualquiera no son las mejores ni mucho menos. Para hacerse cargo de lo interesante de esa ciudad construída sobre canteras de rubíes, es preciso visitar los sitios en que se realizan todos los procesos á que la piedra está sometida, desde su extracción de la mina hasta la talla, y estudiar la vida de aquella población trabajadora.



Mercado de rubíes de Mogok

Es preciso distinguir entre la explotación minera indígena y la europea, las cuales, contra lo que pudiera creerse, no se hacen una competencia enconada. El sistema que siguen los indígenas para explotar los tesoros que encierra el suelo de su patria es más primitivo y más penoso que el de los explotadores europeos; pero unos y otros trabajan pacíficamente, á veces en lugares contiguos, sin causarse recíprocamente la menor molestia. La gran Compañía europea no ha de temer hostilidad alguna por parte de los naturales del país; al contrario, son éstos tan inofensivos y bondadosos, que se complacen en ilustrar con sus consejos á los exploradores extranjeros. La Compañía de Minas de rubíes de Birma ha contratado con el gobierno indio un monopolio, pero en el contrato hay una cláusula que garantiza á los indígenas ciertas libertades para la busca de piedras preciosas. Esto no supone una gran competencia, por cuanto aquéllos siguen explotando sus concesiones según los antiguos procedimientos. Así, por ejemplo, su aparato para el lavado del mineral consiste en un gran hoyo redondo practicado en el suelo, en donde depositan los pedruscos disgregados que contienen los rubíes. El agua corriente va arrastrando el limo, y agitando incesantemente aquella masa se obtiene finalmente la arena pura y la piedra. En esta operación se emplean hombres, mujeres y niños.

La Compañía europea dispone de molinos que separan más rápidamente y con mayor precisión la piedra de las escorias. En una sala especial, en donde sólo pueden entrar europeos, se guardan las piedras de mayor tamaño; en otra, los indígenas hacen la selección de las piedras valiosas. Para que el lector pueda formarse idea del número inmenso de las que no tienen casi valor alguno, bastará decir que éstas se venden á dos libras esterlinas el ciento. Estas piedras son las que emplean los indígenas para adornar sus cabañas y sus quitasoles, y se cuentan por miles los individuos que un día y otro día se dedican á buscarlas, no habiendo ninguno que vuelva con las manos vacías.

Una vez por semana se celebra una gran subasta de rubíes, en la que están representadas casi todas las naciones y en la que la demanda es mucho mayor que la oferta. Aparte de estas subastas, todos los días se ofrecen rubíes en el mercado. Los rubíes encontrados por los europeos quedan de propiedad de éstos; en cuanto á los que encuentran los indígenas, todos los que exceden de un determinado peso van á parar á poder del rey Thiabau, quien tiene en las minas sus vigilantes y sus agentes.

Con mucha frecuencia se ve, en las grandes fiestas, á las esposas y á las hijas de aquellos reyes de los rubíes llevar joyas por valor de medio millón de pesetas.

se ha conseguido obtener de una vez y en un solo crisol más de un kilogramo de rubí oriental perfectamente cristalizado y puro dotado del más hermoso color rojo. El primero que logró reproducir el rubí oriental

fué Gaudín, y los cristales por él obtenidos tenían un milímetro de largo y la tercera parte de espesor.

Elsner procedió de otra manera, y con su síntesis del rubí obtuvo granos muy pequeños, es cierto, pero dotados de tan gran dureza como los naturales, pudiendo decirse que con él comienza la síntesis práctica del rubí oriental.

Senarmont, aplicando métodos diferentes, consiguió romboedros muy pequeños cuyas aristas todas se hallan con rara perfección truncadas; pero su procedimiento, por largo y delicado, no ha tenido mayores aplicaciones.

En un estudio meritísimo de Sainte Claire, Deville y Caron, se apeló por vez primera á un procedimiento cuyos resultados fueron parte á que se realice ahora en grande la síntesis del rubí oriental, con la ventaja de que por este método se recogen en el crisol el zafiro azul y el rubí oriental rojo.

Debray, Hautefeuille, Grandeau, Meunier y otros

realizaron por otros caminos la síntesis de la piedra que nos ocupa, pero sólo á Fremy fué dado llegar á grandes resultados, y eso hace bien pocos años, después de una labor empezada en 1860. Los rubíes por él conseguidos son de tamaños mucho mayores á los alcanzados hasta entonces, habiendo preparado Fremy y Verneuil este cuerpo por kilogramos, dando á la industria un producto nuevo y muy variado, puesto que es factible modificar los colores de la alúmina cristalizada, que es la base de esta síntesis, y así ven-se ahora en el comercio de joyas piedras muy finas y valiosas artificialmente preparadas.

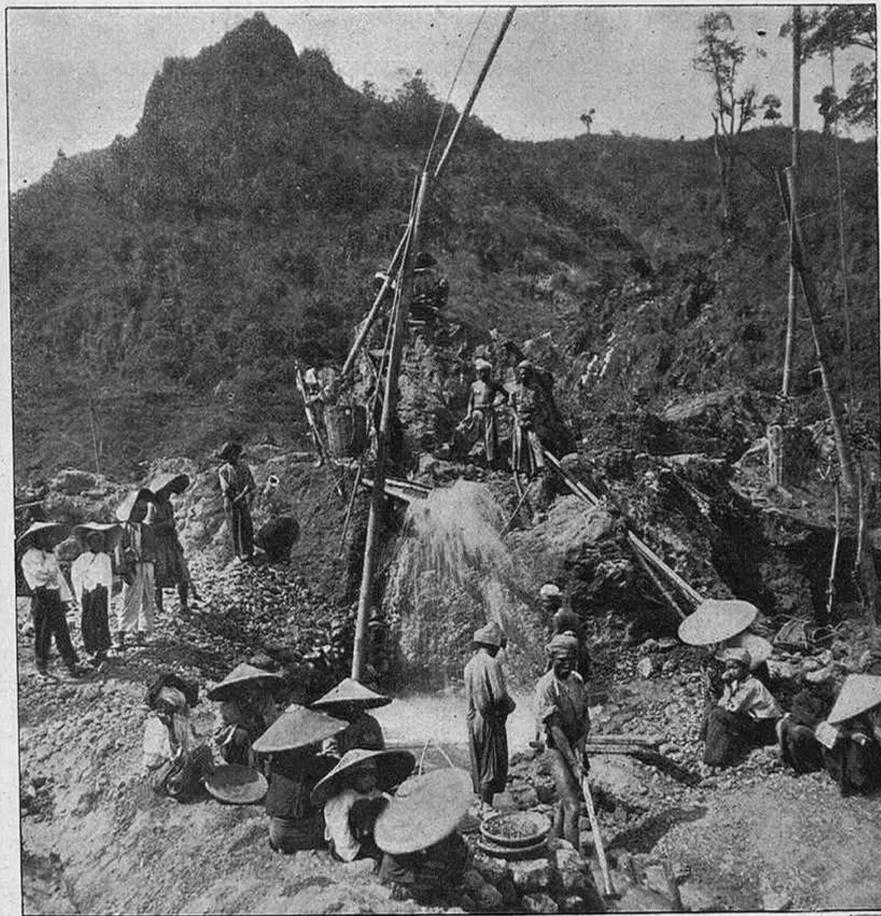
Pero á pesar de todas estas imitaciones, el rubí natural no ha perdido nada de su valor ni de su im-



Talla de los rubíes por los indígenas de Mogok

Los que han hecho su fortuna en Birma con piedras preciosas vienen obligados á erigir un templo, una pagoda ó un convento; por esto se encuentran á cada paso fundaciones de estas que al paso que constituyen un testimonio de gratitud, asegurarán á los que las erigieron la protección del cielo. La existencia de tales edificios se comprende cuando se conocen los precios que por los rubíes más hermosos se han pagado: un rubí de primera clase por la hermosura de su color, de un quilate, cuesta de 1.000 á 1.250 pesetas; de dos quilates, 12.500 pesetas; de cinco quilates, 100.000 y más.

Recientemente se han

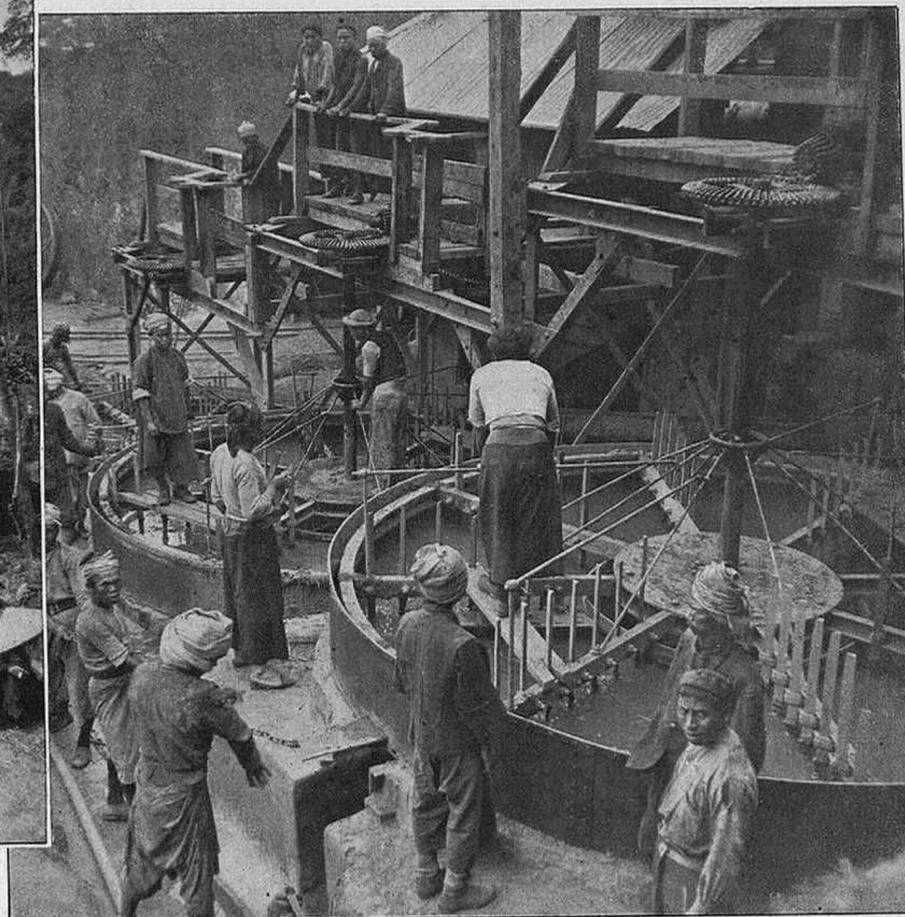


Lavado de los rubíes por el procedimiento indígena en Mogok

En los talleres en donde se tallan los rubíes y otras piedras preciosas se aprecia el verdadero valor de las mismas, y en ellos se ven rubíes, zafiros y ojos de gato que cuestan grandes cantidades. Los profanos difícilmente pueden apreciar lo que vale una de esas piedras juzgando sólo por su aspecto.

hecho numerosas tentativas para imitar los rubíes, y la síntesis del rubí oriental constituye al presente casi una industria desde el punto y hora en que gracias á los trabajos de los químicos Fremy y Verneuil

portancia; y á pesar de todos los laboratorios químicos, Mogok es y será siempre un lugar de fabulosos tesoros, la ciudad de los rubíes por excelencia.



Molino para lavar rubíes por el procedimiento europeo en Mogok

## ALTAR ESCULPIDO POR REYNOLDS-STEPHENS

Este célebre artista canadiense, educado en Inglaterra y en Alemania, comenzó estudiando brillantemente la carrera de ingeniero; pero en 1884, cuando contaba veintidós años de edad, abandonó la ciencia para consagrarse exclusivamente al arte; y al efecto entró en la escuela de la Real Academia de Londres. En 1885 concurrió á una exposición de esta acade-



Altar esculpido por Reynolds-Stephens

producido gran número de obras y la mayoría de ellas han promovido acaloradas discusiones, hecho que por sí solo demuestra que no se trata de un talento adocenado. En todas sus creaciones ha revelado gran profundidad y delicadeza de sentimiento y aptitudes excepcionales para expresar los más sutiles estados anímicos y los afectos más complicados; y hasta aquellas de sus obras en que se observan cierta incorrección y cierto amaneramiento, sorprenden

nia con una acuarela que llamó la atención de los inteligentes, y dos años después expuso una hermosa escultura. Trabajó casi exclusivamente como escultor hasta 1894; pero desde esta fecha ha cultivado por igual la escultura y la pintura, consiguiendo en ambas merecida fama.

También ha logrado notables éxitos en la esfera de las industrias artísticas; de suerte que de él puede decirse que domina todos los géneros que le permi-

ten reproducir la belleza en toda la infinita variedad con que él la siente.

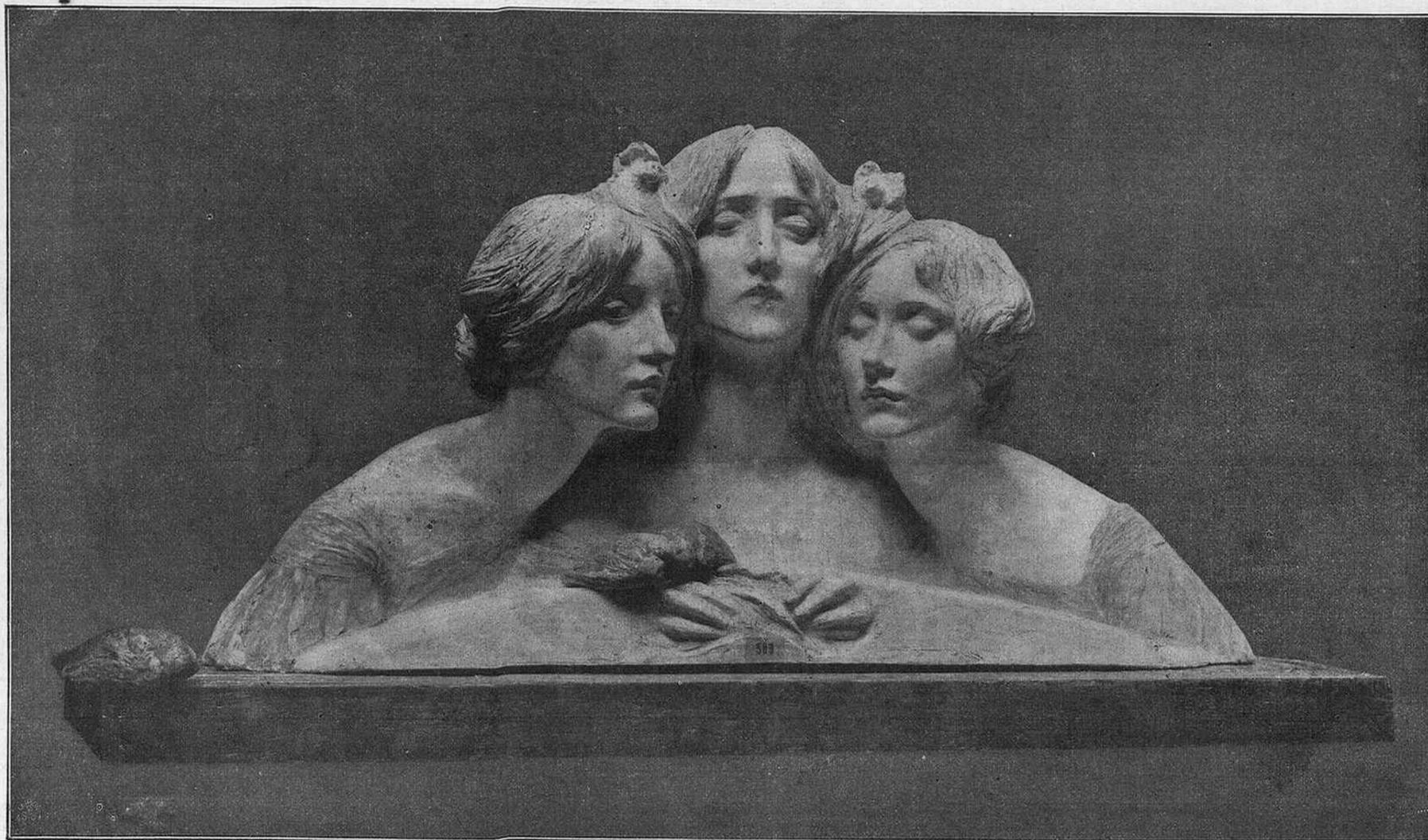
El altar que adjunto reproducimos es una prueba elocuente de su originalidad y de su buen gusto.

## ALMAS CANSADAS, ESCULTURA DE HORACIO PINI

El autor de esta escultura es un artista romano, muy joven todavía; siente y piensa á la moderna, ha

y cautivan á cuantos con atención las contemplan.

Todas las cualidades que dejamos indicadas se advierten en el grupo que reproducimos: en los semblantes de las tres jóvenes que lo constituyen se ve admirablemente reflejada la fatiga moral, esa fatiga que causa en el espíritu y aun en el cuerpo estragos más terribles que el cansancio físico. *Almas cansadas* puede figurar entre las mejores obras de la moderna escuela escultórica.—S.



Almas cansadas, escultura de Horacio Pini



GUERRA RUSO-JAPONESA. - UN EPISODIO DE UNA RETIRADA DEL EJÉRCITO RUSO. LOS CARROS DE LA CRUZ ROJA VOLCADOS EN UNA ZANJA. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Después del esfuerzo colosal hecho por ambos beligerantes en la batalla de Mukden, reina en el teatro de la guerra una completa calma, turbada apenas por algunas insignificantes escaramuzas entre el cuerpo de ejército ruso mandado por el general Mitchenko y varias patrullas japonesas. El citado general no está repuesto todavía de la herida que recibió en el combate de Sandepú y que le impide montar á caballo; esto no obstante, continúa dirigiendo las operaciones de sus tropas, cuyos movimientos sigue en coche. El grueso de las fuerzas rusas se encuentra actualmente en Kuang-Tchen-Tse, á unos 30 kilómetros de Guntchuline; el de las fuerzas japonesas, en las inmediaciones de Tieling.

Esta inacción de los japoneses se explica por varias razones. En primer lugar, las excepcionales fatigas de la batalla de Mukden y de los primeros días de persecución del enemigo derrotado, debieron de agotar sus fuerzas; en segundo, han tenido que constituir sus centros de aprovisionamiento y que reponer las 60.000 bajas que, según su propia confesión, tuvieron en la mencionada batalla, tarea esta última no muy fácil, sobre todo por lo que toca á los oficiales, de los que, al parecer, anda un tanto escaso el Japón. Además el estado de los caminos á consecuencia del deshielo que ha comenzado á iniciarse en la Mandchuria dificulta extremadamente el transporte de la artillería y de los carros. Finalmente, los rusos, que hasta ahora habían destruido apenas la vía férrea que en sus retiradas dejaban á sus espaldas, esta vez han procedido á una destrucción en regla del ferrocarril, y los japoneses tardarán algún tiempo y habrán de ejecutar no pocos trabajos para dejarlo en condiciones de utilizarlo.

A pesar de todas estas dificultades con que han de luchar los japoneses para proseguir su movimiento de avance, todavía algunos periódicos ingleses insisten en que la calma que actualmente se observa es sólo aparente y encubre un gran movimiento envolvente que á mucha distancia de la vía férrea ejecuta una parte de los ejércitos del mariscal Oyama. Esta suposición, sin embargo, es inverosímil, porque un movimiento como el que se indica no se efectúa sin que el adversario se percate de él. Se explica que los japoneses, cuando estaban en contacto inmediato con los rusos, hallaran modo de ocultar á éstos todos los

movimientos que realizaban detrás de una apretada línea de avanzadas, y así se comprende el que llevó á cabo el general Nogi cuando la batalla de Mukden; pero es muy poco probable que en las condiciones actuales puedan avanzar con importantes masas y á muy largas distancias sin que se tenga la menor no-

zas, pues esta división podría ser en extremo peligrosa y sería completamente contraria á la prudencia y al método de que el general en jefe japonés ha dado hasta el presente pruebas.

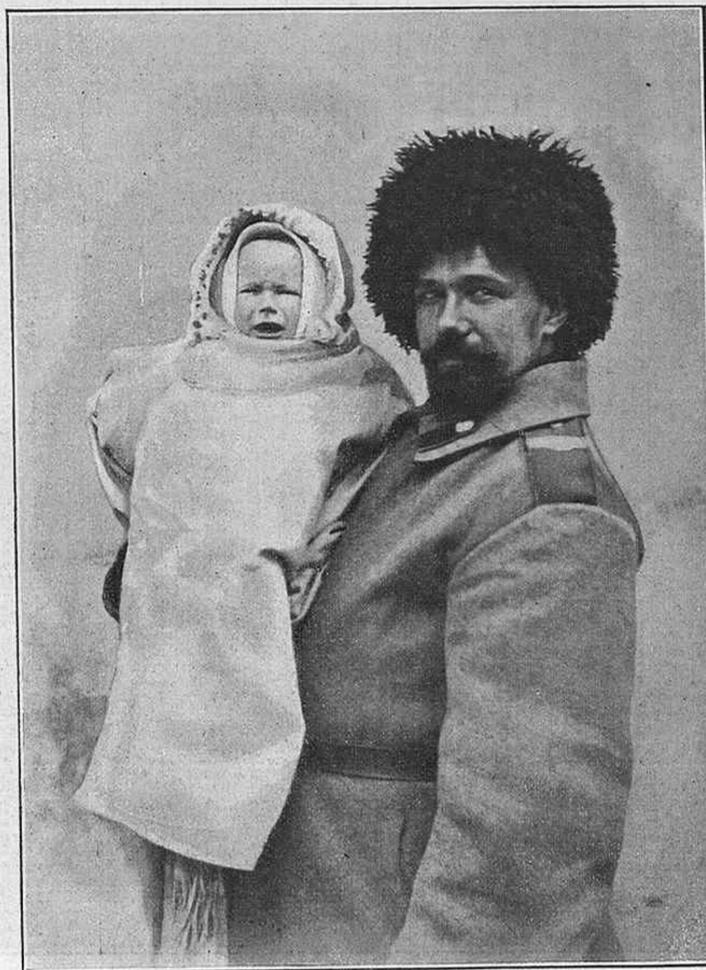
Los rusos, en tanto, hacen grandes preparativos, detrás de las posiciones que ocupan, para resistir los futuros ataques de los japoneses. Al empezar la guerra, cuando creían que su concentración se efectuaría en Kharbin, habían comenzado á construir fortificaciones alrededor de aquella ciudad, trabajos que abandonaron cuando resolvieron trasladar al Sur, hacia Liao-Yang, el centro de sus concentraciones. Ahora los han reanudado, y todo induce á creer que, haciéndose fuertes en la expresada plaza, aprovecharán el período de forzoso descanso de los japoneses para aumentar sus efectivos con los refuerzos que de continuo reciben de Rusia y para apercibirse á resistir las ulteriores acometidas de sus adversarios.

Cuando, á consecuencia del combate de Sandepú, marchó á Rusia el general Grippenberg, confiése el mando del 2.º ejército al general Kaulbars, jefe entonces del 3.º ejército, y el de éste al general Bilderling, comandante del 17.º cuerpo. Esta situación interina ha cesado, habiendo vuelto los generales Kaulbars y Bilderling á sus antiguos puestos y habiendo sido nombrado jefe del 2.º ejército el general Batianof, militar de brillante historia que comenzó en la guerra de Crimea y continuó en las campañas del Turquestán de 1865 y en la guerra turcorusa de 1877. Actualmente formaba parte del Consejo superior de Guerra.

Dícese que está á punto de salir del Báltico la llamada cuarta escuadra del Pacífico, cuyo armamento se ha hecho con gran actividad, calculándose que podrá hacerse á la mar durante el presente mes.

Como dato interesante, ya que hablamos de escuadras, diremos que los donativos voluntarios hechos para el aumento de la armada desde el 7 de febrero de 1904 al 14 de febrero último ascendieron á la cantidad de 13.274.539 rublos, ó sean 34 millones y medio de francos.

El príncipe Khilkof, ministro de Vías y Comunicaciones de Rusia, ha partido recientemente para Siberia, en donde inspeccionará las líneas de ferrocarriles y el estado de los ríos para hacerse cargo de las obras que han de realizarse á fin de mejorar la navegación de estos últimos y el servicio de transportes por los primeros.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - El soldado Serafin Perloff, del 4.º de tiradores de Tomsk, que ha llegado á San Petersburgo procedente del teatro de la guerra llevando un niño de siete meses de su teniente, el cual se ha quedado en la Mandchuria acompañado de su esposa, enfermera de la Cruz Roja. Serafin Perloff ha sido aclamado por la multitud á su llegada á San Petersburgo. (De fotografía.)

ticia de su avance. Por otra parte, el 2.º ejército, que manda el general Oku, continúa acantonado en Mukden y no es lógico que los japoneses maniobren tan lejos de su base con una parte solamente de sus fuer-

estados de los ríos para hacerse cargo de las obras que han de realizarse á fin de mejorar la navegación de estos últimos y el servicio de transportes por los primeros.—R.



HOMENAJE, BOCETO PARA EL TELÓN DE BOCA DEL TEATRO DE BONN (ALEMANIA), PINTADO POR ENRIQUE BRUNE

Erguido el cuerpo sobre engualdrapado corcel, atraviesa el joven caballero el florido valle. Su diestra, que quizás pocas horas antes empuñaba la espada del torneo, se posa blanda y suavemente sobre las cuerdas de la lira que con su mano izquierda sostiene. Como un príncipe de la primavera

avanza el vencedor; delante y detrás de él hermosas doncellas van arrojando flores á su paso; á su lado, lindos pajecillos llevan las armas con las que venció en la palestra. Todo le rinde homenaje, hasta la naturaleza, que se ha adornado con sus mejores galas para celebrar su victoria.

Esta composición, hondamente sentida y grandiosamente pintada, que decora el telón de boca del teatro de Bonn, es obra del celebrado pintor hijo de aquella ciudad Enrique Brune, quien al ejecutarla ha tomado por modelo el procedimiento de los antiguos Gobelinos.

SRTA. D.<sup>a</sup> ESTHER FESTINI

El día 31 de diciembre último se recibió de doctora en Filosofía y Letras, en la Universidad Mayor de San Marcos de Lima, la Srta. D.<sup>a</sup> Esther Festini, cuyo retrato publicamos adjunto. Es la primera mujer que ha obtenido el doctorado en el Perú y una de las muy contadas que ostentan este título en la América latina.

Nació en Lima, y muy joven todavía obtuvo los diplomas de preceptora de 1.<sup>o</sup>, 2.<sup>o</sup> y 3.<sup>er</sup> grado; cursó luego los estudios de la instrucción media, y en el año 1895 fundó en aquella ciudad el «Liceo Grau» para señoritas, que es hoy uno de los más acreditados en su género y en el que se aplican los sistemas más modernos de pedagogía.

Deseando ampliar sus conocimientos, estudió la carrera de Filosofía y Letras, que acaba de terminar, según dejamos dicho, después de haber conseguido en todos los cursos las más brillantes calificaciones.

La Srta. Festini presentó, para graduarse de doctora, un interesante estudio pedagógico sobre la educación de la mujer, estudio en el cual patentizó su carácter observador y los excelentes frutos que ha sabido recoger de su experiencia de tantos años de profesorado.

La nueva doctora fué aprobada por unanimidad de votos, y al ponerle la insignia doctoral el decano doctor Salazar, la felicitó por su perseverancia, por su aplicación y por su saber.

Terminada la ceremonia, fué acompañada por algunos catedráticos al «Instituto Grau», cuyas alumnas recibieron á su directora con grandes demostraciones de cariño y entusiasmo.

Toda la prensa de Lima ha dedicado encomiásticos artículos á la Srta. Festini. A las felicitaciones de aquellos periódicos une la suya, muy sincera, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se honra publicando hoy en sus páginas el retrato de la primera doctora en Filosofía y Letras peruana.

tos de Alfredo Capus, arreglada á la escena española por José Lorenzo, y *Un viaje de propaganda*, sainete en un acto y tres cuadros de D. Juan de la C. Ferrer; y en *Romea Claror de posta*, bellissimo cuadro dramático en un acto de D. Pompeyo Crehuet, y *Pluvia de fills*, comedia en tres actos de José María

que llenó el teatro en los dos conciertos, le tributó una serie de ovaciones ruidosas, aclamándole y aplaudiéndole con verdadero entusiasmo.

— En el propio teatro ha dado tres conciertos la célebre orquesta de Lamoureux, de París, dirigida por el maestro Chevillard. Los programas se componían de las piezas siguientes: las sinfonías quinta, sexta y séptima y el scherzo de la octava de Beethoven; la obertura de *Los Maestros cantores de Nuremberg*, la escena de *Venusberg de Tannhäuser*; *Los murmullos de la selva*, la escena de la consagración de *Parsifal*, y el preludio del primer acto y muerte de *Isolda*, de *Tristan é Isolda*, de Wagner; la *Sinfonía en sol menor*, de Mozart; el poema *Muerte y transfiguración*, de Strauss; la obertura de *Euryanthe*, de Weber; *Concierto*, de Haendel; *Redención*, de César Franck; *Fiesta en casa de Capuleto y Casa y tempestad*, de Berlioz; *El campamento de Wallenstein*, de D. Indy; *El aprendiz de brujo*, de Dukas; *En las estepas de Asia*, de Borodine; *La siesta de un fauno*, de Debussy; y *Preludios*, de Liszt. Por la simple enumeración de estas piezas se comprende la importancia de los conciertos; en cuanto á su ejecución, fué magistral, perfecta, maravillosa, produciendo en todos los momentos el entusiasmo del público, que al final de cada obra prorrumpía en estrepitosos aplausos y aclamaciones. Puede decirse que cada concierto fué para el maestro Chevillard y su admirable orquesta una continuada serie de triunfos de los que forman época en los anales de una institución, aun siendo ésta tan famosa como la Sociedad de Conciertos Lamoureux.

— En la «Asociación Wagneriana» ha dado un concierto la renombrada violinista Stefy Geyer, que tocó admirablemente un *Concierto en Re mayor*, de Tchaikowsky; una *Mazurca y Escenas escardas*, de Hubay; la *Canción de las hilanderas*, de Dienzi; una *Polonesa*, de Wieniawsky; un *Aria*, de Bach, y la *Réverie*, de Schumann. La joven concertista obtuvo muchos y muy merecidos aplausos. También los obtuvo el notable pianista Dienzi, que acompañó á la Srta. Geyer y ejecutó solo, de una manera acabada, una *Polonesa*, de Chopin, y un *Fantasma sobre motivos populares húngaros*, de su composición.

En la propia «Asociación Wagneriana» se ha efectuado la segunda audición de la serie tercera del ciclo de Beethoven, que se componía del tercer trío en *Re mayor*, del cuarto en *do menor* y del quinto en *Re mayor*. Los señores Munner, Estera y Dini, ejecutaron estas obras con verdadero cariño y notable acierto, consiguiendo muchos aplausos.



LA SRTA. D.<sup>a</sup> ESTHER FESTINI, primera doctora en Filosofía y Letras graduada en el Perú

MISCELÁNEA

**Bellas Artes.**—BARCELONA. — *Salón París.* — En este Salón hemos podido admirar la notable estatua de San José con dos ángeles orantes, ejecutada en mármol por el distinguido escultor José Reynés y destinada al suntuoso panteón que en el cementerio del SO. ha dedicado á la memoria de su esposo D.<sup>a</sup> Francisca Seycher, viuda de Gener. Obra de verdadera importancia, atestigua las especiales condiciones del laureado artista que la ha concebido y modelado.

El ya veterano artista Magín Pujadas ha expuesto á su vez varias composiciones pintadas al pastel, entre las que hemos de citar dos hermosos paisajes, frescos, jugosos, titulados *Tarde de abril* y *Mañana de octubre* y el retrato de dos preciosos niños.

Los jóvenes pintores Sebastián Juñer, Javier Nogués, Mariano Pidelaserra, J. Torres y Pedro Jura y el escultor Emilio Fontbona han llenado por último el vasto local con un considerable número de lienzos y esculturas que han de estimarse como modalidades de la modernísima evolución.

*Salón Robira.* — En este Salón ha llamado justamente la atención de los inteligentes un interesantísimo lienzo de Arcadio Mas y Fondevila, representando una procesión en la orilla del mar.

*Establecimiento de Masriera.* — Entre varias piezas de bronce de carácter determinadamente artístico y variadas aplicaciones, destacan dos candelabros de hierro forjado, pulcramente ejecutados por el operario de la fundición artística Juan Pidemon, á quien tributamos un aplauso por su maestría.

**Espectáculos.**—Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Nuestra juventud*, comedia en cuatro ac-

tos. En el teatro del Eldorado actúa con gran éxito la compañía dramática italiana de la notable actriz Teresa Mariani, dirigida por el eminente actor Sr. Palladini.

— En el teatro de Novedades el famoso pianista Emilio Sauer ha dado dos conciertos, en cuyos programas figuraban obras de Beethoven, Chopin, Schumann, Mendelssohn, Schubert, Liszt y otros grandes maestros. Cuanto se diga en elogio de este coloso del piano es poco; todos los géneros son para él iguales, todos los interpreta y ejecuta con la misma maestría, pues si cautiva con sus delicadezas y filigranas, arrebata en las piezas de fuerza, en las cuales el instrumento pulsado por sus manos tiene todas las sonoridades de la orquesta. El público,

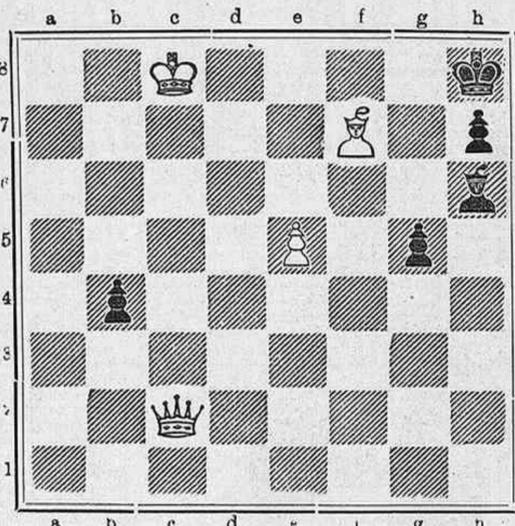
estas obras con verdadero cariño y notable acierto, consiguiendo muchos aplausos.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, B<sup>a</sup> dos Italianas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 382, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (5 PIEZAS)



BLANCAS (4 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM 381, POR J. PILNACEK.

- |                 |             |
|-----------------|-------------|
| Blancas.        | Negras.     |
| 1. Rh2-h1       | 1. Cc6xe7   |
| 2. Cf2-g4 jaque | 2. R juega. |
| 3. D ó P mate.  |             |

VARIANTES

- |                     |                       |
|---------------------|-----------------------|
| 1.... Ad5xe4;       | 2. Cf2-g4 jaque, etc. |
| 1.... Cc6-b4 ó d4;  | 2. Dc8-d7, etc.       |
| 1.... Ad5-e6, etc.; | 2. Dc8xc6, etc.       |
| 1.... g6-g5;        | 2. Dc8-f5 mate.       |



BARCELONA. — Jura de la bandera por los reclutas del último reemplazo. (De fotografía de A. Merletti.)

Con gran solemnidad efectuóse en la mañana del domingo 2 de los corrientes la ceremonia de la jura de la bandera por los reclutas ingresados en filas, procedentes del último reemplazo. El acto se celebró en el Salón de San Juan, en el que estaban formadas todas las fuerzas de la guarnición, al mando del Excmo. Sr. capitán general interino D. Luis de Castellví. Después de la misa de campaña, los reclutas fueron pasando por delante de la bandera del regimiento de infantería de Vergara y prestando el juramento de ordenanza. Terminado el acto, que resultó en extremo pintoresco y fué presenciado por numeroso público, las tropas desfilaron ante al capitán general y su estado mayor.



## UN DIVORCIO

NOVELA DE PABLO BOURGET

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Esa inquietud aumentó durante toda la tarde, mientras él, encerrado en su despacho, fingía estudiar un negocio, y ella se entregaba á las pequeñas ocupaciones de la casa. En realidad, ni el uno ni el otro pensaban más que en el ausente.

Los menores ruidos les hacían latir el corazón. Sonaba un coche en la calle; ¿sería el suyo? Tocaban el timbre en la puerta; ¿sería él ó algún recado suyo?..

Y luego, nada. La madre no podía estarse quieta y volvía de nuevo á buscar á Alberto para repetirle por décima vez su pregunta angustiosa: «¿Dónde está?..»

¿Qué responderle, sino las mismas palabras de consuelo?

Pero también Darrás se planteaba en silencio la misma pregunta, y la última imagen de Luciano se dibujaba en su mente con una precisión dolorosa. El joven se le aparecía tal como le había visto en su despacho de la oficina, con el odio en los ojos y la amenaza en la boca. ¿Era posible que aquel niño, su hijo de adopción, hubiera articulado estas frases al marcharse?..

—¿Adónde voy?.. Á buscar la prueba de que tus espías han mentado... Cuando la tenga, preciso será que te retractes de sus calumnias ó no te volveré á ver en mi vida.

—No tendré nada de que retractarme, había respondido Darrás, á quien aquella ultrajante actitud privaba de su sangre fría; demasiado sé qué pruebas vas á encontrar... Tú eres el que vendrás á pedirme perdón por haber olvidado que soy el marido de tu madre.

—No lo olvido, respondió Luciano por dos veces, y añadió ferozmente: No toques esa otra llaga si no quieres que se pronuncien entre nosotros palabras irreparables...

Tal había sido el fin de aquel trágico diálogo, en el que Luciano se había permitido por primera vez criticar el segundo matrimonio de su madre. El padrastro quedó presa de un aturdimiento que se prolongaba á través de la dolorosa espera de aquella tarde. Repetíase mentalmente aquellas palabras de significación tan terrible y caía de nuevo en aquella misma sensación de estupor indignado:

—¿Cómo ha podido?.., se preguntaba. ¿Cómo?.. Es verdad que no era dueño, de sí mismo, pero precisamente en esos minutos es cuando se descubre el fondo de los pensamientos. ¿Cuáles son, pues, los suyos?..

Y Darrás se perdía en reflexiones, á las que trataba de aplicar su principio habitual, esa continua impulsión de su sensibilidad hacia el tipo abstracto del hombre de conciencia en su «límite moral», como él decía como buen matemático. Según había dicho á su mujer, quería á Luciano, sencillamente. ¡Le había considerado tantos años como el hijo de su inteligencia! Era verdad que en los últimos meses el edu-

cador había dejado establecerse cierta atmósfera de silencio entre él y su discípulo, pero nunca hubiera imaginado que en el extravío que sospechaba hubiese aversión contra él. Ese descubrimiento le hacía sufrir en su corazón y casi en su carne, hasta tal punto aquella aversión del hijastro le había herido en lo más íntimo de su vida conyugal; y su cariño hacia aquel niño cruel seguía tan entero, que continuaba compadeciéndole de un modo tan espontáneo y desinteresado como su madre. La idea del sufrimiento que en aquellos momentos pesaba sobre el propio Luciano era para él horriblemente penosa. Había tenido que hacer á su hijastro aquella operación quirúrgica, como dijo á su madre; y si de nuevo se hubiese visto en aquel caso, de nuevo habría hecho lo mismo, denunciando la indignidad de aquella Berta Planat, acerca de la cual era preciso abrir los ojos á Luciano. No dudaba de que le había salvado de un gran peligro. ¡Pero al precio de cuántas lágrimas!

Veía á Luciano llorar y sufrir, y las preguntas angustiosas de la madre despertaban un eco doloroso en lo más profundo de su ser. Como ella, se preguntaba: «¿Dónde está? ¿Qué hace?..» y á despecho de sus propios razonamientos también él tenía miedo.

Para darse cuenta exacta del drama que se iba á representar en el corazón de Luciano, les faltaba á Darrás y á su mujer un dato esencial. Los informes dados al ingeniero por la policía de su Banco no le habían dicho ni la verdadera naturaleza de las relaciones que unían á Luciano con Berta Planat ni la historia completa de ésta. Darrás no dudaba que era la querida de su hijastro. Ni siquiera había discutido esta hipótesis y, como se ha visto, la madre la había admitido sin vacilar. Apresurémonos á decir, para poner en seguida las cosas en su punto, que no sólo Luciano no era el amante de la muchacha, sino que, locamente enamorado de ella y viviendo los dos en la libre familiaridad de estudiantes, nunca le había declarado su pasión. Esta anomalía—pues lo es, aun hoy que la nueva educación de las mujeres tiende á modificar las relaciones entre los sexos,—esta anomalía dependía, como muchas aparentes rarezas sentimentales, de causas muy sencillas, que se descubrirán por sí mismas en el desarrollo de los dos caracteres.

Era necesario señalar este hecho desde ahora para que se comprenda qué extremado dolor produjo á Luciano aquella conversación con su padrastro. La frase que pronunció al marcharse fué el grito que arroja bajo el cuchillo un animal á quien se está de-

Ni una sola vez la desconocida apartó los ojos de su tarea

gollando y que él acompaña por instinto de un furioso mordisco.

En seguida había huído de la respuesta de Darrás y de la propia cólera. También á él le habían dejado estupefacto aquellas palabras dichas al educador de su infancia. ¡Traducían tan poco las porciones conscientes de su pensamiento y de su corazón! Siempre había respetado á su padrastro y aceptado su influencia y sus ideas.

Pero cuando se ha violentado una ley natural en las relaciones de dos seres, ninguna buena voluntad ni virtud alguna pueden impedir que, tarde ó temprano, sufran el uno por el otro. Esto sucede cuando el segundo marido de una mujer divorciada educa al hijo del primer matrimonio en vida de su padre. Por mucho que el segundo marido quiera desplegar las más conmovedoras delicadezas, el hijastro y él no descienden nunca á esa profundidad de inteligencia recíproca que es sólo producto de la identidad de la sangre: el padrastro es siempre el último legado, el extraño, en el hogar. Y aunque la madre envuelva á su hijo en una atmósfera de ternura, este hijo sabe que no ha sido bastante para ella, teniendo de ello continuamente la prueba en la presencia de su padrastro.

Después crece, tiene amigos y por ellos conoce detalles de sus respectivas casas, y entonces sufre en su amor propio al ver que sus padres no son como los de los demás, y en su culto por su madre cuando empieza á comprenderlo todo. No por eso la quiere menos; quiere también á su padrastro; pero no quiere su matrimonio.

Esa sensación puede no haberse formulado nunca ó haberse distribuido durante la niñez y la juventud en mil incidentes minúsculos que no han dejado huella en la memoria de su víctima; pero todos la han impreso en el fondo más oscuro de su alma, donde se ha reunido un depósito de secreta amargura que sale á la superficie á impulso de una brusca sacudida.

Así le había sucedido á Luciano. Cuando se encontró solo en la gran escalera del Banco, después de aquella disputa con Darrás, el asombro lo suspendió todo en él por un segundo, hasta el dolor de la repugnante denuncia. Las últimas palabras dichas á su padrastro eran, sin embargo, reales; no estaba soñando.

El contraste entre el movimiento de un gran Banco á la hora de bolsa y la tempestad de sus senti-

mientos le produjo durante unos minutos una de esas parálisis del ser íntimo, frecuentes en las catástrofes repentinas. Pero bruscamente se volvió a apoderar de él la verdad de la situación, y la neta y clara acusación formulada contra Berta Planat se presentó a su pensamiento con ese duro relieve que toman en el enamorado las imágenes en que interviene la mujer amada.

La intolerable mordedura desgarró de nuevo el corazón del joven, y mientras salía de él un rayo de odio contra el denunciador, se formaba en su ánimo una voluntad impetuosa é irrevocable: la de confundirle.

Bajó corriendo de tres en tres escalones la inmensa escalera y el vasto patio de cristales lleno de ventanillos, y se encontró en la avenida de la Ópera buscando un coche desocupado. A los pocos minutos Luciano estaba sentado en un carruaje que rodaba hacia el rincón del barrio Latino en que Berta vivía. «24, calle de Rollín...» había dicho al cochero.

Y mientras se dirigía á aquella callejuela desconocida, resto de la calle en que murió Pascal, no sospechaba que en el mismo instante su madre se dirigía á otra calle contemporánea de aquella para tener con el religioso la conversación con que empieza este relato. Aquella semejanza de decoraciones en torno de las dos angustias era todo un símbolo. ¿No procedían las dos de causa idéntica? Ni una ni otra visita se hubieran verificado sin el segundo matrimonio de Gabriela.

Pero Luciano estaba demasiado imbuido en las doctrinas de Darrás para ver en esa coincidencia, aun conociéndola, más que una circunstancia fortuita. Había sufrido por el segundo matrimonio una pena instintiva y casi animal, pero nunca había ofrecido duda para él el derecho al divorcio ni había pasado por su mente la idea de que pudiera acarrear consecuencias de dolor.

Por otra parte, ¿existía para él, siquiera, su madre durante la media hora de aquella carrera por París?

Toda su energía estaba concentrada en este punto: ¿Cómo abordar tal explicación con su amiga tan indignamente calumniada?

—Es preciso que sepa esas infamias; es preciso... se repitió cuando el coche se puso en marcha. Buscaremos juntos de dónde vienen esas abominables invenciones. Ella me ayudará á descubrirlo y yo la ayudaré á ponerlas término inmediatamente...

No había el coche dado la vuelta al Louvre, cuando ya surgía en su mente otra frase:

—¡Qué duro va á ser el repetirle tales horrores!.. ¡Con tal de que comprenda que yo no dudo de ella y que no tiene que justificarse conmigo!.. Por ella, por su porvenir, hay que confundir al malvado que ha puesto en circulación tales torpezas... ¿Quién será? ¿Pero quién será?..

La angustia de esa pregunta fué de repente tan fuerte, que el joven tuvo la tentación de volver al Banco de su padrastro y arrancar á Darrás ese secreto.

—No, no le veré más así, pensó. Después de haberle dejado de ese modo, debo llevarle la prueba de que le han engañado. Tal como le conozco, de ningún modo hubiera hablado de nadie como lo ha hecho de Berta si hubiese tenido alguna duda. Ha sido engañado... ¿Por quién?..

El respeto es, como el desprecio, el más involuntario de los sentimientos. Toda la parcialidad del cariño más apasionado no puede destruir el uno, ni las violencias del rencor abolir el otro. El concepto que tenía Luciano de la lealtad de su educador no se había modificado á pesar de su cólera, y por mucho que el joven sintiera contra Darrás, aquella estimación de su carácter añadía un peso singular á su testimonio.

Un escrúpulo supone otros. El que es incapaz de mentir, lo es también de repetir aserciones no comprobadas, y aunque Luciano no se formulaba este razonamiento, le bastaba recordar las virtudes de su padrastro para dar otro tono á su pensamiento.

Involuntariamente se puso á repasar la historia entera de su intimidad con Berta para deducir de cada detalle que el difamador no había dicho la verdad. Sin cesar le subía á los labios este suspiro:

—¡Amiga mía! ¡Mi querida amiga!.. ¡No! ¡Es imposible!..

¿Contra qué se sublevaba con esa violencia? ¿Era solamente contra la dificultad de decir á la joven aquellas calumnias? ¿Era una respuesta á las calumnias mismas en nombre de los recuerdos que le evocaban aquellas calles, recuerdos cada vez más numerosos á medida que el coche se acercaba á aquel Barrio Latino en donde se habían sucedido las escenas de su novela?

Este idilio entre un estudiante de Derecho y una estudiante de Medicina había sido sencillo en el fon-

do, pero no se hubiera producido cuando los principios revolucionarios no habían atacado la antigua costumbre de la diferencia de educación entre los sexos. ¿Hubiera tampoco surgido hace veinticinco años el drama de las disidencias religiosas que iba á perturbar el matrimonio Darrás? Uno y otro análisis, si se hacían concienzudamente, habían de permitir formarse idea del cambio que está á punto de efectuarse en nuestra patria bajo la influencia de leyes cuyas aplicaciones públicas afectan de rechazo á sensibilidades privadas.

Tales ejemplos prueban la exactitud del axioma sentado por el gran clínico político del siglo XIX: «El hombre es arrastrado por la sociedad.» El porvenir decidirá si esas corrientes van hacia el progreso ó hacia la decadencia, que ese mismo filósofo definía bárbara pero érgicamente: una *desconstitución*.

Luciano de Chambault conoció á Berta Planat diez meses antes en un gabinete de lectura situado en la esquina de la calle de Monsieur-le-Prince y de la calle Antoine Dubois. Ese establecimiento, célebre desde hace muchas generaciones en el barrio Latino, tiene la especialidad de los libros de ciencia, y sus clientes pertenecen á la Escuela práctica, á cuyo lado se encuentra.

Luciano entró allí por casualidad, para tomar unas notas de medicina legal destinadas á una conferencia que estaba preparando sobre «el derecho de castigar,» para pronunciarla en un círculo fundado por unos cuantos amigos con un título que resume una época: *El Imperativo categórico*. Este solo detalle indica que el hijastro de Darrás no se había educado impunemente en la atmósfera de vaga religiosidad filosófica, familiar á los directores intelectuales de la tercera República. Luciano pertenecía á lo más escogido de esa generación nacida en los alrededores de 1880, en la que se manifiesta ya el resultado de una enseñanza contraria á nuestras tradiciones. El grueso de la tropa se compone de brutales «arribistas.» El resto constituye un estado mayor alarmante de inteligencias mal equilibradas, en las que coexiste un sentido crítico aguzado hasta la sequedad con un candor que raya en la inocencia.

Esos jóvenes son inciertos y dogmáticos, nihilistas y sectarios, violentamente destructores y no menos violentamente milenarios. Enamorados de las novedades, gastan su energía trazándose programas que toman por actos y en los que nunca se trata más que de rehacer, rehacer el país, la sociedad, la humanidad entera; y por una ironía cuya sutilidad no notan, esa fiebre de reformas los condena de antemano á las utopías más viejas y más resueltamente condenadas por la historia.

Una de las características de esa juventud es la constante apelación á la conciencia; pero la execrable disciplina de Kant que sus mayores le han inculcado, le hace interpretar esa fórmula del modo más estrecho y más estéril. Con pretexto de aplicar el famoso precepto: «Obra siempre de modo que tus acciones puedan servir de regla universal,» esos jóvenes se acostumbran á la idolatría de su sentido propio, dan solemnidad de principios á sus puntos de vista personales y llegan á un fanatismo anárquico, por decirlo así, cuyo egoísmo contrasta con su cultura.

Tienen, sin embargo, una virtud que es equitativo reconocerles: su pedantesco é intolerante doctrinarismo les hace muy escrupulosos en las cosas del amor; tienen algo de jansenistas y de puritanos. Esta disposición de alma se veía ya en sus predecesores en moral atea, como hemos visto en la conversación de Darrás con su esposa.

En esas mentalidades complejas y ficticias, el odio secreto al instinto y á sus espontaneidades y la celosa rivalidad con las religiones positivas pueden ir á parar en un verdadero ascetismo. Añadiremos que las ardientes preocupaciones de esos extraños jóvenes se dirigen á otras cosas. Los problemas sociales les interesan demasiado para que quepan en sus cerebros saturados de abstracciones los ensueños novelescos propios de su edad.

Pero esa tensión voluntaria lleva consigo extraordinarias sorpresas. La naturaleza, comprimida y falseada, está siempre pronta á tomar su desquite en un corazón joven: que se encuentre en su vida cierta mujer, á cierta hora, y en el intelectual aparece el amoroso, pero un amoroso que no prescinde por eso de su modo habitual de pensar. ¡Júzguese qué inesperados fenómenos debe producir inevitablemente el encuentro de la pasión con un estado de ánimo tan particular!

Este boceto de un tipo psicológico muy reciente, pero suficientemente multiplicado para que influya de un modo preponderante en el porvenir inmediato de la clase media francesa, merecería ser grabado en trazos profundos y bastará para caracterizar las emo-

ciones que resucitaban en el corazón de Luciano, mientras, metido en el coche, recordaba el día en que encontró á Berta por primera vez y recibió el flechazo de su amor.

Veía nuevamente el vasto local del «Salón literario y científico,» cuyas paredes desaparecían detrás de las estanterías: en los estantes estaban alineados los libros encuadernados en tela gris ó negra y brutalmente numerados; sobre las mesas, manchadas de tinta, amontonábanse periódicos y revistas. Se veía á sí mismo esperando las obras que había pedido y mirando distraídamente los escasos lectores que había en la sala. Entonces fué cuando reparó en la joven, que estaba al lado de la ventana del fondo tomando notas en un gran volumen que tenía delante. Su linda y pálida cara de finas facciones expresaba esa ferviente aplicación de los verdaderos ratones de biblioteca, para quienes no existe, en las horas de trabajo, más que el objeto actual de su estudio. Durante la hora entera en que Luciano, atraído por la gracia y el misterio de aquella fisonomía, la estuvo observando mientras fingía leer, ni una sola vez la desconocida apartó los ojos de su tarea. Sus párpados ostentaban unas pestañas muy largas y casi abarquilladas, de un matiz obscuro en armonía con el de sus pupilas, que se destacaban sobre la blancura de su tez, como se destacan las manchas pardas de los ojos sobre los fondos descoloridos de los antiguos retratos.

En ciertos momentos de reflexión más intensa, sus ojos se levantaban como para fijar el pensamiento, y entonces mordía la punta del portaplumas y dejaba ver unos dientes blancos é iguales entre unos labios cerrados por las comisuras en una inflexión amarga.

Tenía quitado el sombrero, y la forma ovalada de su cabeza inteligente se dibujaba bajo su cabellera partida por una raya. El espesor de su pelo, sencillamente trenzado, indicaba su fuerza de vida, pero una vida fatigada, como lo decían la delgadez de sus mejillas, la flexibilidad del cuello y de la nuca y la esbeltez enflaquecida del busto inclinado en la mesa. Las manos, muy lindas, tenían una energía casi masculina, que se descubría también en la barbilla y en la ancha frente, en la que ardía una llama de inteligencia viril.

El conjunto, sin embargo, era muy femenino, por la elegancia del talle, por la armonía de los ademanes y por ese no sé qué delicado que exige protección.

La estudiante estaba vestida casi pobremente, pero su cuello era de una limpieza perfecta. Los manguitos de percalina que se había puesto para preservar los puños denunciaban el cuidado de la economía y de las conveniencias que se veía en toda su persona.

La aparición de una muchacha de aquella edad y de aquella belleza en aquel laboratorio intelectual era para sorprender y para interesar á un joven de veintitrés años, laborioso también y en el que las convicciones ideológicas habían comprimido hasta entonces los ardores del corazón y de los sentidos.

Las mujeres que formaban la sociedad de su madre habían desagradado á Luciano, las unas por su frivolidad y las otras por su tontería. Las criaturas galantes le habían repugnado, y sólo conocía del amor el remordimiento de algunos encuentros brutales que le habían inspirado una hora de curiosidad y varios meses de repugnancia.

El encanto extraordinario de aquella desconocida que inclinaba hacia los libros de ciencia un perfil de medalla, agostado por el pensamiento, debía de obrar y obró sobre él con soberana potencia. Aquella figura reunía los complejos atractivos con que él soñaba hacía mucho tiempo, y el joven no echó de ver la revolución repentina de su sensibilidad hasta que Berta empezó á ordenar sus papeles para marcharse. La certidumbre de que iba á desaparecer le produjo esa opresión de garganta, ese espasmo del pecho que revelan la turbación que en nuestro sistema nervioso causa un choque demasiado intenso. Tuvo un momento la tentación de esperarla en la calle y seguirla, pero una instintiva é invencible timidez le inmovilizó en la silla mientras ella se quitaba los manguitos, cogía el sombrero y se lo ponía con tanta calma como si hubiera estado sola en la sala.

Después de devolver los dos volúmenes de que se había servido, la joven salió. Al entregarlos hizo á la encargada una recomendación, sin duda sobre los libros, pues ésta los puso aparte con un pequeño signo de asentimiento familiar que no hubiera hecho para una cliente de paso. De ello dedujo Luciano que podría con seguridad ver nuevamente á la joven volviendo á su vez á aquel salón de lectura. Aquel signo de que era una abonada entró por mucho en la tranquilidad con que Luciano la vió desaparecer.

La delicadeza le impidió pedir informes á los em-

pleados, pero fué superior á sus fuerzas el no ir á la mesa en que estaban los volúmenes, y mientras la encargada buscaba en el catálogo un libro que él había nombrado al azar, tuvo el valor de coger como al descuido uno de aquellos dos volúmenes.

Aquel primer contacto físico con la ausente fué para él de gran dulzura, pues vió una nueva probabilidad de volverla á encontrar en el hecho de que el libro era el primer tomo de la *Clínica del Hotel-Dieu*, por Trousseau. La desconocida era, pues, una estudiante de Medicina. Entre dos hojas había un pedazo de papel que llamó la atención del enamorado. Estaba colocado en la célebre lección sobre la escarlatina y contenía estas palabras escritas con lápiz: «p. 29, *deber médico, á anotar.*» Luciano recorrió la página con la vista y sus ojos cayeron en estas líneas que le impresionaron, pues asoció su altivez profesional á la imagen de la enigmática y linda estudiante: «... *Hace mucho tiempo que empleo este medicamento. Le he empleado en mi práctica particular antes de llevarlo al hospital, pues nunca me he atrevido á nada por primera vez más que en mi clientela privada. Obrando así en el mundo, mi reputación corría grandes riesgos y he sido á veces mal recompensado por el bien que mi conciencia me ordenaba intentar. Pero me he mantenido firme en esta línea de conducta que me trazaba el deber...*»

¡En esa atmósfera de altas y severas ideas vivía aquella joven!

Habían pasado desde entonces diez meses, durante los cuales la había visto casi todos los días, y Berta no había pronunciado una palabra ni hecho nada que no corroborase aquel primer juicio formado por instinto sobre ella.

A partir de aquel momento, Luciano volvió á la sala de lectura todas las tardes, y para no comprometer á la muchacha se dió á conocer como estudiante de Derecho y pretextó un trabajo que necesitaba investigaciones prolongadas. Para mayor precaución, cuando hubo comprobado que la estudiante llegaba con toda regularidad á las cuatro, hora en que salía de la Escuela práctica, adoptó la costumbre de ir él á las tres, colocándose en sitio desde el cual podía verla en la calle.

La joven se presentaba siempre sola, decía unas palabras á la encargada, se sentaba en su rincón, se quitaba el sombrero, se ponía los manguitos y empezaba á trabajar. Tenía un modo tan perfecto de aislarse del mundo exterior, que nadie entre los concurrentes, algunos de los cuales eran jóvenes como Luciano, parecía fijarse siquiera en ella. ¿No probaba ese detalle que siempre se había conducido de la misma manera que ahora se conducía?

Diez y ocho días después del en que la vió por primera vez, Luciano no sabía siquiera su nombre y no había visto que nadie la hablase ni la saludase. Y su conocimiento se había hecho de un modo tan accidental, que excluía toda premeditación por parte de él y toda coquetería por parte de ella. ¡Cuán vivamente se representaba aquella escena en la mente del joven!..

Una tarde, á principios de mayo, al llegar á la calle de Monsieur-le-Prince, presa de esa fiebre de la pasión que no ha pasado del deseo ó del ensueño, se encontró con el gabinete de lectura cerrado. En la puerta había un letrero pegado con obleas, que decía: *Por causa de defunción.* Luciano supo por la portera que la encargada del gabinete había muerto de repente la noche anterior.

Hagámosle la justicia de decir que el proyecto que concibió de esperar en la calle á la desconocida, á la que ya llamaba en el pensamiento «su amiga,» no le fué dictado por el deseo de aprovechar aquella ocasión acaso única. Luciano pensó que la joven parecía tener simpatías por aquella señora y que su muerte le sería anunciada por él con más precauciones. Cuando la vió atravesar la calle y dirigirse á la biblioteca, se aproximó en la actitud de un hombre que acaba de dar con un obstáculo imprevisto.

—La biblioteca está cerrada, señorita, le dijo.  
—Y como la joven, sorprendida por la noticia, no parecía extrañar que un parroquiano asiduo advirtiese á otro, el enamorado añadió:  
—Ha ocurrido una desgracia esta noche. La señora que estaba encargada del despacho...  
—¿La señora Barillon?... ¿Ha muerto?..  
Luciano dijo que sí, y la cara de la estudiante,

para hablarle con entera franqueza. Y le gustaba sobre todo que la joven hubiese aceptado aquella conversación con la sencillez de un compañero.

Sus maneras, tan contrarias á los prejuicios corrientes, se prestaban ciertamente á la calumnia; pero él sabía por experiencia que una especie de compañerismo masculino es el medio más seguro de impedir la familiaridad, pues parece suprimir la diferencia de sexos, mientras que la reserva demasiado delicada la exagera.

Desde aquella primera conversación había notado en ella una ausencia completa de coquetería. Movido aún por el deseo de no dejarla tan pronto y saber algo de ella, le había dicho:

—Puesto que usted estudia Medicina, señorita, acaso podría prestarme un servicio... Estoy haciendo estudios sobre el derecho de castigar y sobre la responsabilidad, y tengo que ocuparme del crimen de los locos. Como el salón de lectura está cerrado, ¿dónde cree usted que podría consultar libros de ese orden, el Legrand du Saulle, por ejemplo, que estaba aquí leyendo?..

—En la biblioteca de la Escuela, le respondió la joven; justamente voy allí. Es un sitio que no me gusta porque hay siempre mucha gente. Pero son muy amables y el catálogo es muy numeroso.

—Es que yo soy estudiante de Derecho, dijo Luciano.

Y sacó una tarjeta y se la dió á la joven como si quisiera darse á conocer. Ella la tomó y dijo sencillamente:

—Creo que esto bastaría, pero si quiere usted venir conmigo, yo le introduciré sin dificultad...

Luciano la siguió, poseído de una emoción paralizadora á fuerza de ser dulce. Atravesaron juntos el callejón de la Escuela de Medicina, tan severo de aspecto, con sus tiendas en las que los establecimientos de librerías especiales se tocan con los almacenes de instrumentos de cirugía; pero Luciano no vió más que á su compañera y la gracia de su modo de andar, que revelaba seductores detalles.

¿Qué decirle? ¿Cómo no tener miedo de ahuyentar con una palabra el encanto de aquel minuto inesperado?

Ya habían entrado en el patio y subido juntos la gran escalera. Ya estaban en la biblioteca. Allí había al fin sabido el nombre y las señas de la desconocida, pues Berta Planat tuvo que presentar á la entrada su tarjeta de estudiante al mismo tiempo que presentaba á su compañero.

Una vez admitido, la joven le dejó, con un ligero saludo de cabeza, y fué á sentarse á una de las mesas, donde se instaló como en el gabinete de lectura, con su impresionante sencillez de aplicada investigadora.

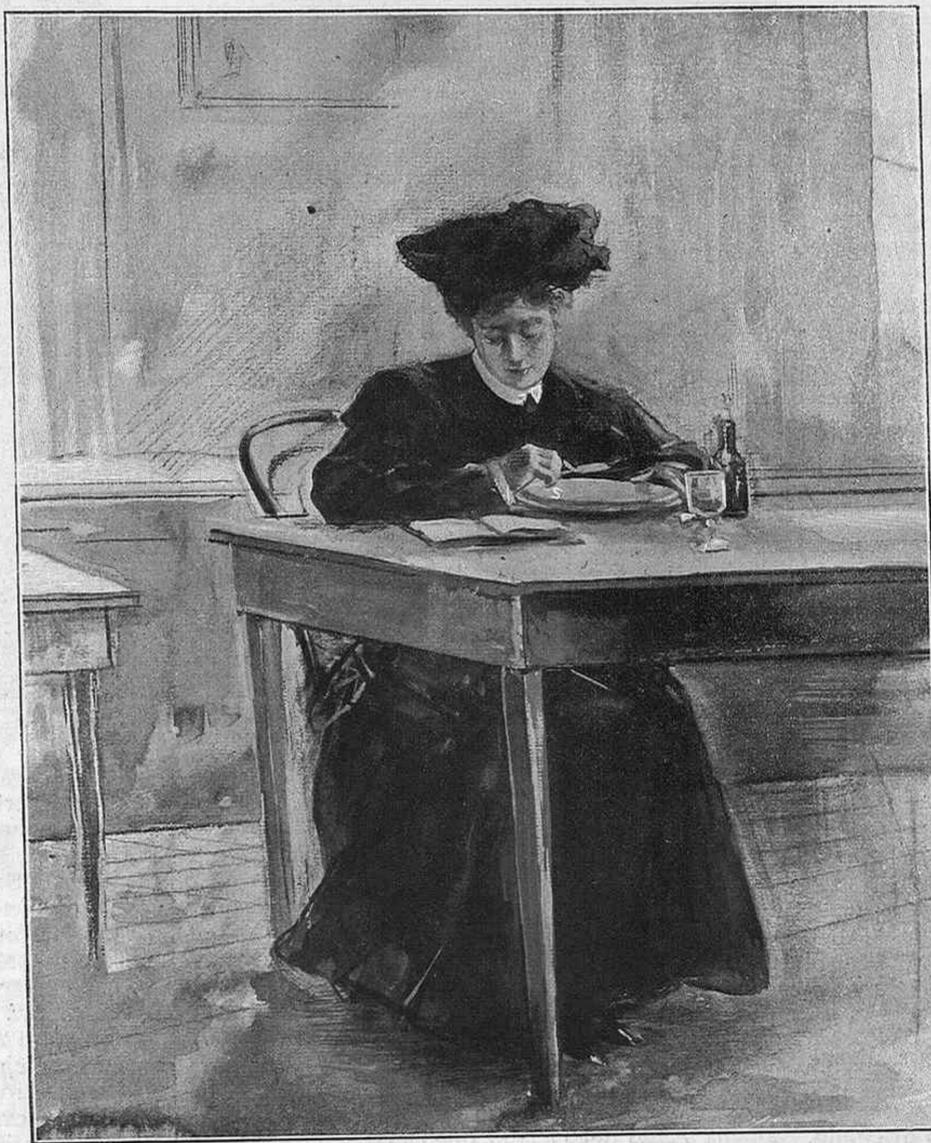
Luciano no se atrevió á ponerse á su lado y pidió por fórmula un volumen que apenas abrió.

Después, viendo á Berta absorta en su trabajo, salió de la biblioteca y se dirigió á la calle Rollin, donde aquella habitaba, impulsado por la irresistible necesidad de ver su casa y de examinar las cosas entre las cuales vivía. En aquellos primeros días de mayo, las pendientes de la montaña de Santa Geneveva están como recorridas por un soplo de juventud descuidada y de libre amor.

Eran las cinco. El azul del cielo envolvía la cúpula y la columnata del Panteón en una claridad fresca y dulce. Las hojas verdeaban en aquellos árboles cuyas raíces se hundían en un suelo en el que apenas existe la tierra vegetal. La savia inmortal del mundo encuentra, sin embargo, el medio de animar aquellos delgados troncos y palpita hasta en las sensibilidades empobrecidas de los estudiantes y de las muchachas que ríen al aire libre en las mesas de los cafés.

También Luciano respiró esa alegría de vivir esparcida en la atmósfera, con el orgullo del enamorado casto que lleva en el alma una emoción sagrada, mientras que tantos otros han profanado ya su corazón.

(Continuad.)



La estudiante tenía allí su sitio reservado como en la sala de lectura

tan reflexiva y tan tranquila de ordinario, se alteró de repente y dejó ver la apasionada sensibilidad que ella trataba siempre de ocultar.

Aunque aquella señora fuese una simple conocida, sus ojos se humedecieron. Se dominó, sin embargo, é hizo una reflexión de orden técnico.

—Lo había previsto hacía tiempo. Esa señora padecía de una angina de pecho en el último período.

—Nadie lo hubiera dicho al verla tan alegre, dijo Luciano por continuar la conversación.

—No sabía la clase ni la gravedad de su mal, respondió la joven. El médico que la cuidaba le hacía creer que se trataba de neuralgias intercostales y yo nunca me permití desmentirle. La pobre señora, sin embargo, desconfiaba, y había buscado y descubierto en los libros algunos de los síntomas que ella sentía...

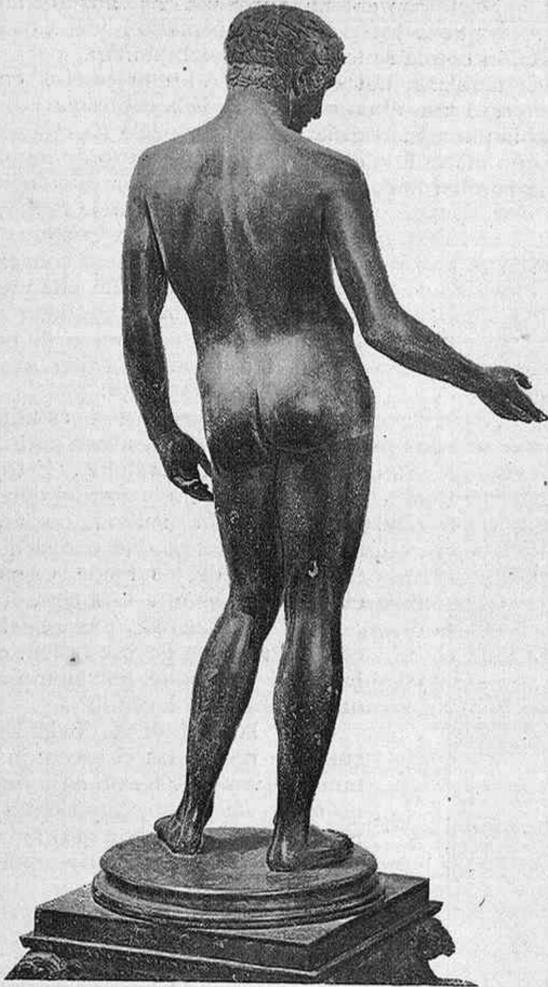
—¿No le parece á usted que un enfermo tiene siempre derecho á la verdad desde el momento en que quiere saberla, y aun sin eso?, dijo Luciano.

—Es un problema, respondió la joven.

—No para mí, repuso él vivamente. Yo no tendría en estima á un médico que me mintiese. Sin verdad no hay conciencia, y cuando se encuentran razones para faltar á la verdad en un punto, pronto se falta á ella en todos...

Habló pensando en voz alta y en tono tan convencido, que á la joven le chocó y levantó la vista hacia él. Luciano conoció que le miraba por primera vez y que hasta entonces no había sido para ella más que los otros concurrentes al gabinete de lectura; y esta observación, penosa entonces, le era dulce ahora que iba buscando el medio de defender el honor de Berta.

Le gustaba que las primeras frases cambiadas entre ellos hubieran sido de aquel orden científico é impersonal y que la atención de la joven hubiera sido atraída por una profesión de fe que hoy le autorizaba



MERCURIO, bronce antiguo  
(Real Museo Arqueológico de Florencia)  
Reverso

## LA GALERÍA PITTI Y LA DE LOS OFICIOS DE FLORENCIA

Son dos Museos unidos por un corredor, y sin embargo instalados en dos edificios distintos. En ambos se encierra la historia del renacimiento de la pintura y las obras más preciadas, algunas sin igual, de aquellos maestros italianos que tuvieron por precursores los dos *Pisa*, *Segna* y *Duccio de Buoninsegna* entre otros y que *Cimabue* honró como discípulo. Ofrecer á nuestros lectores la impresión de uno solo de estos famosísimos Museos de Florencia, es cosa parecida á ver á medias un paisaje bellissimo ó á oír por trozos una ópera.

Ambos Museos están separados por el Arno, y la galería que los une recorre el puente viejo.

Realmente, la posición del palacio de los Oficios y la del Pitti son encantadoras. El primero ocupa uno de los lugares de la Florencia de los Médici más famosos en la historia. Instalado en las cercanías de la plaza de la Señoría, forma con este famosísimo palacio almenado obra de *Arnolfo del Cambio*, con la no menos famosa *Loggia dei Lanzi*, un grupo de edificios célebre en todo el mundo. El pórtico *degli Uffizi*, obra de *Vasari*, es el más moderno de los tres que cito. Por su parte el Palacio Pitti, colocado en una eminencia entre los Jardines Bóhali y Botánico, al lado del Arno, parece desafiar á la guerrera residencia de los duques ó señores de Florencia, que á pesar de su alta torre resulta más baja que el famoso edificio por Brunelleschi ideado para satisfacer los deseos de Lucas Pitti de mortificar la soberbia de su enemigo Pedro de Médici.

Describir ambos Museos como ellos se merecen, así por su arquitectura, por su historia, como por las obras de arte que contienen, es de todo punto imposible, ni en un artículo ni en veinte; sería empresa parecida á la de querer agotar un manantial de agua viva de un solo sorbo. Allá van, pues, esas impresiones, recogidas en las diferentes visitas que hice á Florencia.

En el palacio *degli Uffizi* hállanse la Biblioteca nacional, una de las más interesantes de Europa por sus manuscritos iluminados, y la galería de arte que lleva el nombre del palacio dirigido por Vassari. Ciento y pico de escalones, ó si no quiere molestar-se el visitante, un ascensor (previo el pago de una lira), llevan á la primera parte de la galería, donde está la famosa sala llamada *la Tribuna*. Es esta sala el *clou* del Museo. Los dos *Lippi*, *Botticelli*, *Ghirlandajo*, el *Giorgione*, *Leonardo Vinci*, *Mantegna*, *Ticiano*, entre otros grandes maestros de los siglos xv



MUSEO DE FLORENCIA

y xvi, tienen allí quizás sus más preciadas obras. La emoción que produce *La Virgen con varios santos*, de Filippino Lippi, solamente la equilibra la famosa pintura *La calunnia*, de Saurdo Botticelli. La intensidad de vida espiritual de aquellas figuras, dibujadas con un hermosísimo desconocimiento de habilidades técnicas que andando los años había de iniciar el barroquismo de la decadencia, subyuga el espíritu más rebelde á las emociones que despierta la belleza expresada por medio del pincel ó del cincel. En esa misma sala están la preciosa tela de Vinci *La adoración de los Magos*, que no pudo concluir aquel genio sin igual, y aquel hermoso retrato del Giorgione, y aquella *Venus* del Ticiano, que es retrato de la bellísima Eleonora de Urbino.

¡Y dejo en el tintero tantas maravillas! Pero ¿cómo apuntarlas si este Museo se compone de más de veintiocho salas y tres corredores ó galerías de ciento sesenta metros de longitud, los laterales, donde se admiran maestros antiguos y del renacimiento de las distintas escuelas italianas, de la holandesa, de la alemana, francesa, etc., además de las salas destinadas á los bronceos antiguos, á las inscripciones, á las medallas, á las piedras preciosas, á los retratos de artistas ilustres, y todas estas salas y galerías ornadas con estatuas y bustos clásicos de altísimo valor artístico, arqueológico é histórico?

Cuando ya atravesados los dos vestíbulos se penetra en el corredor ó galería oriental, la fatiga de lo sublime parece acometer al visitante. Solamente en las galerías de los Museos del Vaticano sufrí esa impresión de fatiga en grado superior. Porque en los corredores del Museo de los Oficios solicitan á porfía vuestra admiración desde los *gruteschi* de Poccetti hasta las estatuas y bustos de Marco Bruto, de Nerón, de Vespasiano, de Agripina (famosa), y los no menos famosos sarcófagos en los cuales se inspiró Rafael para trazar los mitológicos asuntos de los *Arazzi*, que guarda el Vaticano, y cuyos cartones posee el Museo Kensington de Londres. Y alternando con esas icónicas de emperadores é hijas y mujeres de emperadores romanos, están Simone de Martino, y Memmi y Botticelli, Palazuoli, Bicci, el Broncino, Signorelli..., mostrándonos cómo pintan la ingenuidad y el sentimiento, Virgenes y santos y mártires, y cómo interpretan las Venus y las ninfas.

Quisiera señalar cuadros; quisiera describir aquellas Venus de mármol, saliendo del baño unas, mostrándonos activas y bellas otras, modeladas y esculpidas por los últimos discípulos de los Praxiteles y Lissipos; quisiera decirlos lo que me dicen aquellos bustos de las Livias y Julias nupciales; mas tarea tan agradable es imposible. Venid conmigo y os mostraré al azar algo que no se os borre de la memoria. Ahí está en la sala holandesa el retrato del infante don Fernando de España, hijo de los Reyes Católicos;

mirad su perfil dibujado con ingenuidad pasmosa como la misma verdad por Lucas de Holanda. ¿No es cierto que hizo bien en morir en edad temprana ese infante? Su rostro tiene algo de imbécil. Al paso por la sala octógona echad un vistazo á la celeberrima estatua conocida por el *scita* ó el *aflador*; el arte romano no produjo nada más real, nada más energético, nada más vivo: frente á ese maravilla está la *Venus de Médici*. Salgamos de la sala. Ahí está el famoso retrato de *Isabel de Mantua* pintado por el Mantegna; más lejos la *Venus* de Ticiano; seguidamente vienen Durero con una *Adoración de los Magos*, una de las obras capitales del maestro tudesco, y Cranach con su sugestivo *Adán*. Si penetráramos en la sala de la escuela toscana, Botticelli nos retendría horas y horas; Fra Angélico nos admiraría con la *Muerte de la Virgen*, entre otras de sus bellísimas pinturas. Vinci, Signorelli, Picco di Conimo... Adelante; mirad: esa es *La Virgen de las rocas* del Mantegna. Ahora vienen los neerlandeses: Metsu, Mieris, Ruisdael, Van Dyk, unos con sus tipos de bebedores, otros con sus retratos admirables. Ved el de *Lutero*, pintado por su amigo Lucas Cranach; el del patriota Southwell de Holbein..., y tantos otros grandes y pequeños maestros del país de Waes, de Holanda, de Alemania... Menling os asombrará con su *Virgen*, digna pareja de la que posee de su mano el Museo de Amberes.

¿Queréis seguir viendo maravillas de otro orden? Entrad en la sala llamada de las *gemmas*. Vasos de lápsilázuli, copas de pórvido, mosaicos, objetos de cristal de roca de incalculable valor. Pero aún nos faltan por ver las salas donde los venecianos hacen gala de su luz, de su perspectiva aérea, de su color brillante. Ticiano, Veronés, Giorgione, Padovanino, Tintoretto; en fin, los grandes pintores de la república del Adriático, figuran allí con obras portentosas. Sin embargo, el Museo del Prado de Madrid no puede envidiar al de los *Uffizi*. Venecia pagó un buen tributo á España en lo que á este particular se refiere.

Aún quedan por ver la sala de los maestros antiguos, la sala de los bronceos. Otra vez hablaremos de algunas de las obras que contienen dichas salas. Echemos una ojeada á esa inglesa angulosa y vieja que copia á la acuarela un cuadro cuasi colosal del *Ghirlandajo*; no dejemos de apuntar á ese copista de *Botticelli* empeñado en desdibujar lo que no es tal desdibujo y en amortiguar tintas que no lo estaban cuando el gran artista las utilizó; y si no traéis paraguas ó bastones, recorramos la larga galería cuajada de dibujos y pinturas que conduce al palacio Pitti.

Ya estamos al otro lado del Arno, dominando á Florencia. A nuestros pies corre el río que parece de esmeralda; allá lejos están las cumbres de las montañas de la Umbría, Fiessoles, Assisi, el valle de los

cipreses. A nuestra derecha asoma entre cúpulas y tejados la almenada y cuadrada torre del viejo palacio de la Señoría.

Menos numerosa que su compañera, sin embargo, la fama de esta galería es universal, porque de los quinientos y pico de números de que consta, no hay doscientos de segundo orden.

Desemboca el corredor en el primer piso de este palacio, obra maestra, como he dicho, de Brunelleschi, y que produce una impresión de majestad inmensa, gracias á la armonía de las líneas, á la exquisita proporción de sus vanos y plenos, y al efecto que causan los sillares de sus fachadas, emplazados á media labra y con las aristas finamente pulidas.

El lujo y la fastuosidad del mueblaje de las salas de este Museo es quizá único en el mundo. Sillas, mesas, vitrinas, etc., son ejemplares del gusto florentino del siglo XVI especialmente, dignos de admirarse. El mármol y el mosaico, el pórfito, el lápislázuli, son los materiales de las mesas; los más ricos terciopelos de Florencia y Génova tapizan sillas y sillones; entre estos muebles vense estupendas obras del arte decorativo antiguo y de la cerámica del renacimiento, italiana y extranjera.

Ocho salas principales componen el núcleo de la galería Pitti, y estas salas llevan los títulos de varios dioses mayores del paganismo. Llámense *sala de Saturno, sala de Júpiter, sala de Marte, sala de Apolo, sala de Venus, sala de la educación de Júpiter, sala*



RETRATO DE UNA DONCELLA SOBRE PAPIRO (de autor griego), sección egipcia del Museo Arqueológico de Florencia

de Ulises, sala de la Ilíada, etc. En la sala de Apolo figura el cuadro de Murillo *La Virgen y el Niño* fren-

te á la *Sacra Familia* del Sarto y á dos retratos pintados por Rafael.

Realmente cuasi todas las telas de esta galería son obras maestras. Baste recordar la célebre *Pietà* del Perugino; una *Resurrección* de Fra Bartolomeo; el famosísimo retrato de *León X con dos cardenales* y la *Madona* llamada del *Gran Duque*, entre otros lienzos de Rafael; el *Orfeone* de Ghirlandajo; la *Donna velata* de Rafael; el *Concierto*, bellissimo cuadro del Giorgione; los retratos del *Aretino* y de Hipólito de Médicis, y la *Magdalena*, tan reproducida por el grabado, de Ticiano; el cardenal Bustivogho de Van Dyk..., Rembrandt pintado por él mismo.

Vértigo produce realmente recordar la obra acumulada en estos dos preciosos Museos. Difícilmente, á no vivir en Florencia largos meses, puede nadie coordinar ideas, formar juicios y librarse de la obsesión que produce tanta maravilla. Porque no descansa el espíritu al traspasar los umbrales del *palazzo Pitti* y desembocar en la corta calle del mismo nombre. Seguidamente vienen á recabar vuestras miradas la plaza de la Señoría, el Duomo, el Campanile, San Marco, el Giotto, Ghiberti, Lucca de la Rabbia, con sus mayólicas incrustadas en las fachadas, las estatuas de la galería *dei lanzi*...

R. Balsa de la Vega.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

**VINO NOURRY**

ANEMIA  
DEBILIDAD  
LINFATISMO y  
ENFERMEDADES  
del PECHO

Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de

Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Hígado de Bacalao.

CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias.

**ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR**

Célebre Depurativo Vegetal  
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico, Sucesor de BOYVEAU-LAFFECTEUR, Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

**APIOLINA CHAPOTEAUT**  
**SALUD DE LAS SEÑORAS**

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Frasco 5 fr. en París

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHELIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.

Se pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B<sup>o</sup> St-Denis, 16



**PECHO IDEAL**

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las Pildoras Orientales

Únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Farmacia de F. Gayoso, Arenal, 2; en Barcelona, Farmacia Moderna, Hospital, 2.

INFLUENZA RACHITIS  
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS

**VINO AROUD**

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

**PILULE de BLANCARD**

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co., 40, R. Bonaparte, París.

AVISO A LAS SEÑORAS

**EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET-HONGUE**

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

**AGUA LÉCHELLE**

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS y DROGUERIAS.

## LIBROS ENVIADOS

A  
ESTA REDACCIÓN

**ESCUELAS PROGRESIVAS PARA OBREROS.** — El Sr. Codina y Sert ha publicado otro volumen de sus interesantes estudios, comprensivo de la enseñanza técnica en el extranjero. Quien haya leído el primer volumen podrá apreciar la utilidad de la labor realizada por el autor de la obra á que nos referimos, inspirada por nobilísimos ideales y resultado evidente de estudios y de observaciones. Basta leer el sumario para apreciar la importancia del libro, ya que lo constituyen una serie de capítulos acerca de la enseñanza para obreros en los países que más se distinguen en el cuadro de la cultura moderna. Consta el volumen de 440 páginas y véndese en las principales librerías al precio de cuatro pesetas cada ejemplar.



Una historia alegre, fotografía de J. Folkmann

**ESTUDIO HISTÓRICO CRÍTICO DEL MUNICIPIO DE SAN PEDRO DE TARRASA Y SU SUPRESIÓN.** — Curiosa en extremo es la Memoria que ha publicado el laborioso é inteligente ex secretario del que fué municipio de San Pedro de Tarrasa con motivo de su supresión. Con gran claridad y copia de documentos da á conocer la historia municipal de aquel pueblo, su evolución y transformaciones hasta llegar al momento de su agregación. Forma un volumen de 60 páginas, muy bien impreso y editado en la tipografía de José Ventanyol, de Tarrasa.

**LA ESCUELA NORMAL EN ACCIÓN.** — La distinguida profesora de la Escuela Normal Superior de Maestras de Málaga doña Suceso Luengo, ha publicado un interesante folleto destinado á perpetuar el recuerdo de la excursión escolar á Granada, felizmente concebida y realizada. Al leer las páginas del trabajo que

**PEPITA**, por *Carlos Fernández Nino*. — Formando parte de la Biblioteca Argentina, se ha publicado la novelita cuyo título encabeza estas líneas, la primera de la serie que se proyecta publicar. Inspirada en costumbres de aquel país, el autor del libro á que nos referimos se ha propuesto, y justo es convenir

que ha logrado su propósito, exponer y desarrollar cuadros y escenas que interesan, de manera que dan á conocer sus cualidades de escritor y novelista. El libro, que forma un elegante volumen de 250 páginas, ha sido impreso en la tipografía de Bullosa, de Buenos Aires.

mencionamos apreciase la importancia y trascendencia de la excursión, adivinanse los provechosos resultados pedagógicos obtenidos y experimentase el deseo de felicitar á quien alimenta tan nobles iniciativas. El folleto, muy bien editado, ha sido impreso en la tipografía de «La Libertad», de Málaga.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub<sup>s</sup> St-Denis, París,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.  
Exigir la Firma **WLINSI**.  
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**  
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESIÓN  
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.  
30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.  
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

**HARINA LACTEADA NESTLÉ**  
Contiene la mejor leche de vaca.  
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS  
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**PATE EPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN